



LOS HAY FINOS

Dib. MEL. — Madrid.

- ¿Y dice usted que toca todo lo que le pida?
— Sí, señor.
— Bueno, pues ya puede usted tocar el dos.



LIDA



Crema recons- tituyente

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, y devuelve al
~ rostro su tersura y lozanía ~

DEPOSITARIO
URQUIOLA. — MAYOR, 1
MADRID

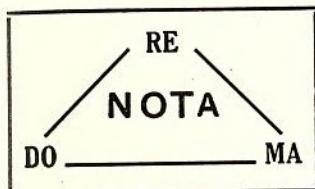
SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

Cupón núm. 5

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de marzo.

24. — Cómo tuvo el Athletic al Madrid en el partido de Arrate.



25. — Charada aparatosa.

— ¿Qué tal prima-tercia esa tordilla?
— Se dos-tercia mucho, y necesita leña.
— ¿Por qué no pones el buey cano, un buen terci-a-cuarta?
— Porque cuarta-dos.
— Cómprate un todo, y déjate de bestias.

26. — Frase chula.

R R R R

¿Qué es el hermano de papa?

P 1 1000 A o

27. — Lo es el lobo.

VOL SEPTENTRIÓN QUETE
150

CUPÓN

correspondiente al número 122 de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

28. — Para el que se muere.

ISIDRA

El señor D. E.
entrega ORBE

29. — Un torero.

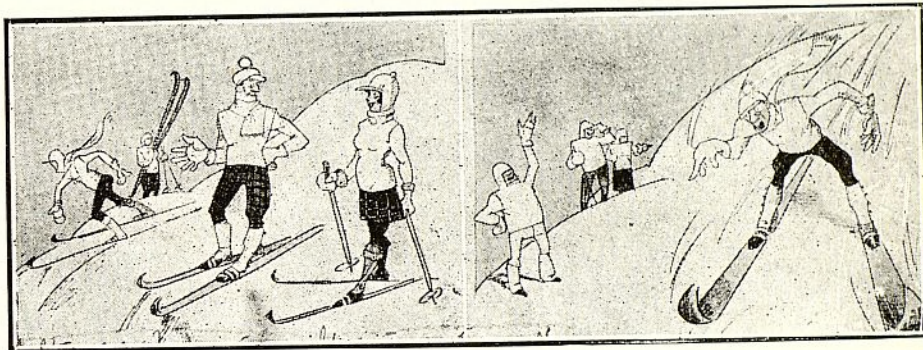
H E N O

¡Si es usted valiente,
bátase conmigo.

— C E R O

Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 118

EL DEPORTE DE LA NIEVE EN UNA COMARCA ATRASADA

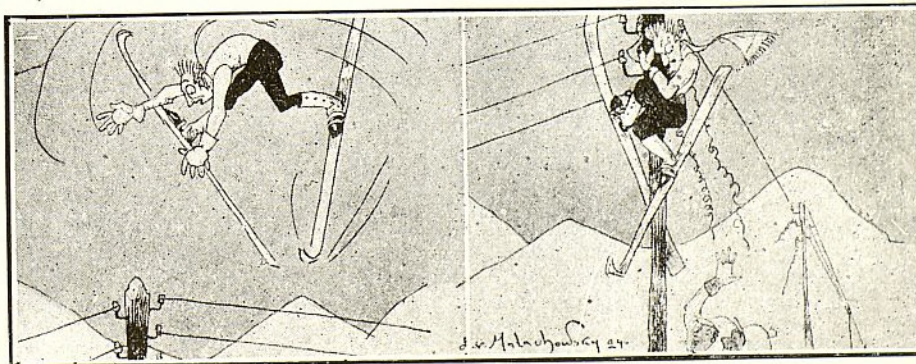


— El salto aéreo es una cosa muy sencilla, señorita. — Fíjese usted...



— ¡...!

— ¡...!



— ¡Maldita sea mi suerte!

— ¡En todas partes hay ya radio..., y aquí todavía tienen alambres'...

(De Lustige Blätter, de Berlin.)



Suprimir Asperezas

es la ocupación más noble y útil: las
de la vida, con la bondad y la dulzura;
las de la piel, con el uso constante del

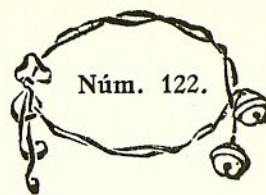
JABÓN HENO DE PRAVIA

Suaviza, blanquea y perfuma deliciosamente el cutis, dándole tersura y lozanía.

PASTILLA, 1.50 EN TODA ESPAÑA

Perfumería Gal.

Madrid.



A CASTELLANOS NO LE SIRVE EL CASTELLANO



JUANITO Castellanos, oriundo y habitante de un pueblo de Castilla, ha decidido echar una cana al aire y gastarse unas pesetas.

— Me voy a Madrid — ha dicho a sus amigos.

— Vete a París o Londres — le han contestado —. Ya que tienes dinero, allí te divertirás.

— No conozco más idioma que el mío, y por allí lo pasaría mal.

Y Juanito Castellanos se ha venido a Madrid.

Una vez aquí, se ha metido con unos cuantos muchachos *bien*, y está haciendo la gran vida. Porque es lo que él se dice: «Aquí no me pasa lo que me hubiera pasado en París o Londres. Aquí lo entiendo todo.»

O casi todo. Porque ha ido a un café de postín, y el camarero le ha ofrecido un *cocktail*, *whisky-and-soda*; le ha preguntado si prefería un *pernod* o un *jin-cotail*.

Como es natural, Castellanos no ha sabido qué contestar, y ha concluido por pedir café, en la seguridad de que así sabía lo que tomaba.

En el hotel, lujoso y caro, en que se hospeda, a la hora del almuerzo le han presentado el *menu*, compuesto de «*Consommé en tasse. — Hors d'œuvre. — Oeufs pochés Comtesse. — Filet du sole Dieppoise. — Cœur de filet Bordalaïse. — Asperges en branche. — Mousse de foie-gras. — Salade. — Friandises y Corbeille de fruits.*»

Castellanos ha quedado perplejo, y, ante el temor de que todas aquellas cosas raras que le ofrecían no le sentaran bien o se levantara de la mesa con el mismo apetito que al sentarse, ha pedido una tortilla de patatas y un pollo. Esto, desde luego, él sabe lo que es, y le basta para matar el hambre.

— ¡Y esto es en Madrid! ¿Qué me hubiera pasado si dondeme voyés al extranjero?

Ha mostrado deseos de ir a un espectáculo, y le han contestado sus amigos que ahora lo que impera es el *sport*.

Uno le ha cantado las excelencias del boxeo y le ha ofrecido llevarle al *ring* para que vea la lucha de dos fenómenos del boxeo. Uno de ellos atiza unos *crochets* verdaderamente notables, y aunque la última vez fué *knout* por puntos, no tiene rival en los directos. Castellanos ha declinado el ir a una diversión que está seguro no entendería.

— Naturalmente — ha replicado otro de los pollos *bien* —, a éste ha de atraerle el *foot-ball*. Chico, contamos con unos *equipers* formidables; chutan de una manera *marveilleuse*, y forman un *team* que es difícil igualar, sobre todo el *goal keeper* y algunos *backs*. ¿Hace?

— Hace rato que estoy hecho un verdadero lío. No sé qué es nada de eso.

— ¿No eres deportista?

— ¿Yo? Sencillamente católico apostólico y de un pueblo de Castilla, donde jamás oí hablar de eso.

— Pues te vas a aburrir de un modo extraordinario.

— ¡Qué se ha de aburrir! Es que le proponéis entretenimientos fuertes, más ventajosos para el cuerpo que para el espíritu. Tú te vienes conmigo esta noche.

— ¿Adónde?

— Al teatro.

— ¡Ah, eso sí! ¿Qué obra vamos a ver?...

— En concreto, no lo sé, porque vamos a ir a la representación de esa compañía francesa que actúa ahora.

Y al teatro fueron, y allí Castellanos tuvo que confesar su absoluta ignorancia del idioma en que representaban los actores. Se aburría, y, para compensarle del mal rato pasado en el espectáculo que no entendió, los nuevos amigos le han llevado a un *souper-tango* de última hora, asegurándole formalmente que se divertirá mucho en cuanto empiece a bailar un *simmy*, o un *fox*, o un *too-step*.

Castellanos, al oír aquello, ha salido corriendo hacia el hotel, ha llegado a él, se ha acostado, tapándose hasta la cara, y al siguiente día ha tomado el tren y regresado a su pueblo.



— ¿Ya de vuelta?

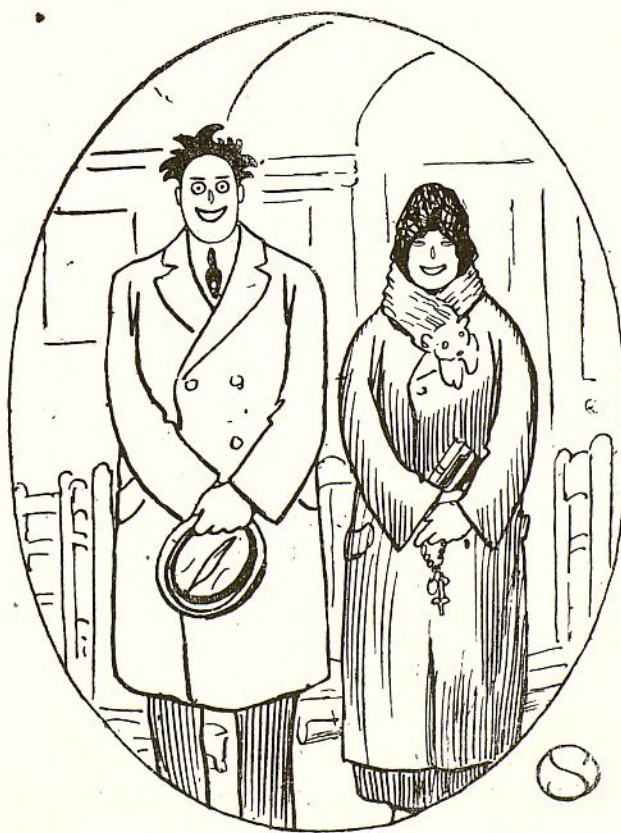
— Ya. ¿Os acordáis de que no fui al extranjero porque no sabía más que el castellano?

— Perfectamente.

— Pues por la misma razón me vuelvo de Madrid.

— ¡Anda éstel! ¿Pues qué se habla allí?

— ¿Que qué se habla allí?.. ¡Cualquiera lo sabe!



Dib. SILENO. — Madrid.

A. R. BONNAT

PIZCAS Y MIAJAS POR JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

I

Exposición segura.

Me escriben de un pueblo ruso
que allí se ha incendiado un cine,
resultando achicharrados
seis docenas de infelices.
Lo chocante, lector mío,
es que aquí, en nuestros madriles,
donde, cine más o menos,
suele haber catorce o quince,
no ardan todos, pues los llena
concurrancia tan... sensible,
que se ponen muchas veces
que son hornos más que cines.

II

Geología pura.

Un amigo científico, algo loco,
me decía hace poco:
— Don Juan, entre mil cosas peregrinas,
llevo en ésta pensando dos semestres:
«¿Dónde han ido a parar las esclavinas
de las capas terrestres?»

III

Una rareza.

La Moreno ha pocas noches
(según noticia reciente),

haciendo de arte derroches,
tuvo acogida excelente.

¡Me alegré de su fortuna!...
Y en verdad que al pronunciar
«la Moreno» hacemos una
concordancia irregular.

¡Señores, es cosa buena
que el mundo, que es siempre ameno,
llame a un varón, La Morena,
y a una mujer, La Moreno!...

IV

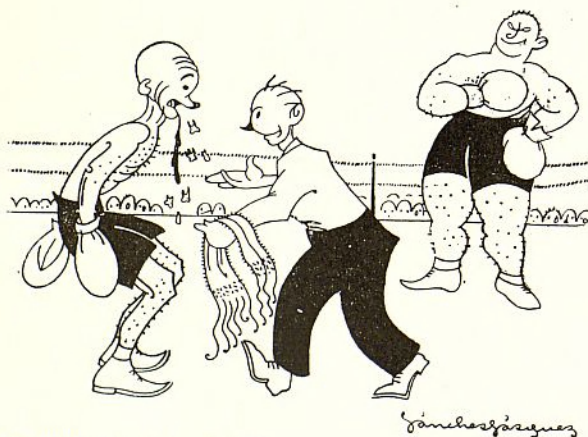
¡Eso es escribir!...

Tanto escribe al ausente Juan Elío
su esposa Encarnación (que tiene un crío),
que, por sabio consejo de su suegra,
a más de su nodriza Recesvinta,
ha encargado una negra...,
a ver si en vez de leche, le da tinta.

V

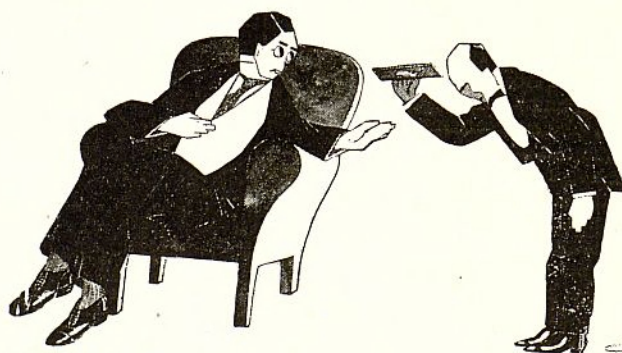
¡Batiendo palmas!

Si con mi aplauso no causo
molestia a María Gar,
hoy la dedico mi aplauso,
porque es artista sin par;
y aplaudo, aunque les asombre,
a sus papás, porque un día
no la pusieron el nombre
de Paca, y sí el de María.



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

— Esto era de esperar. ¡Ponerse a boxear, tan viejo!...
— ¡Yo viejo!... ¡Si ahora estoy echando los dientes!...



DISTRACCIÓN

Dib. ZETA. — Madrid.

— Señorito, una carta.
— ¡Van cinco duros!...

BUEN HUMOR se vende en París en el kiosco 1.º del bulevar
de la Magdalena (frente al número 27)

NUESTRO AMIGO EL TROMPA

Está bien. Ese cordón, esa barandilla o ese foso que en los teatros separa del público a los profesores de la orquesta, está bien. Ya que no una seguridad absoluta, por lo menos es un saludable aviso.

El espectador debe atender, más que a lo que en el escenario suceda, a lo que hagan esos veinte o treinta extraños señores que soplan pitos, rascan cuerdas o dan zambombazos sobre templados parches, y salir precipitadamente de la sala en cuanto vea que un caballero de aquellos intenta salvar la barrera separadora.

Por fortuna, no se registran con frecuencia casos de furia; pero a nadie debe extrañar que, después de un sol sostenido, uno de aquellos señores se lance sobre el público.

Desde luego, hay mucho menos peligro cuando tocan una melodía fácil, sin complicaciones instrumentales; pero cuando, a la vista de una partitura de Wágner o de algún músico sabio, cada uno parece hacer lo que le da la gana, y el desconcierto llega a lo inverosímil, lo más sensato es ponerse el gabán y tomar todo lo rápidamente posible la puerta señalada con este letrero: «Salida en caso de peligro.»

Ultimamente se ha logrado reducir a la obediencia de la batuta al más peligroso de los músicos: ese ser atacado de iracundia feroz que se lía a dar trastazos a veinte cacharros de distintas y desagradables sonoridades, y que, ora lanza el silbido angustioso de una sirena, ora produce golpes sartenescos, ruido de cascabeles, atronadores bocinazos, o, lo que es más grave y denota una peligrosísima agresividad, salta en la silla, y con la cara muy seria, grita: «¡Ahl... ¡Ahl... ¡Ahl...!»

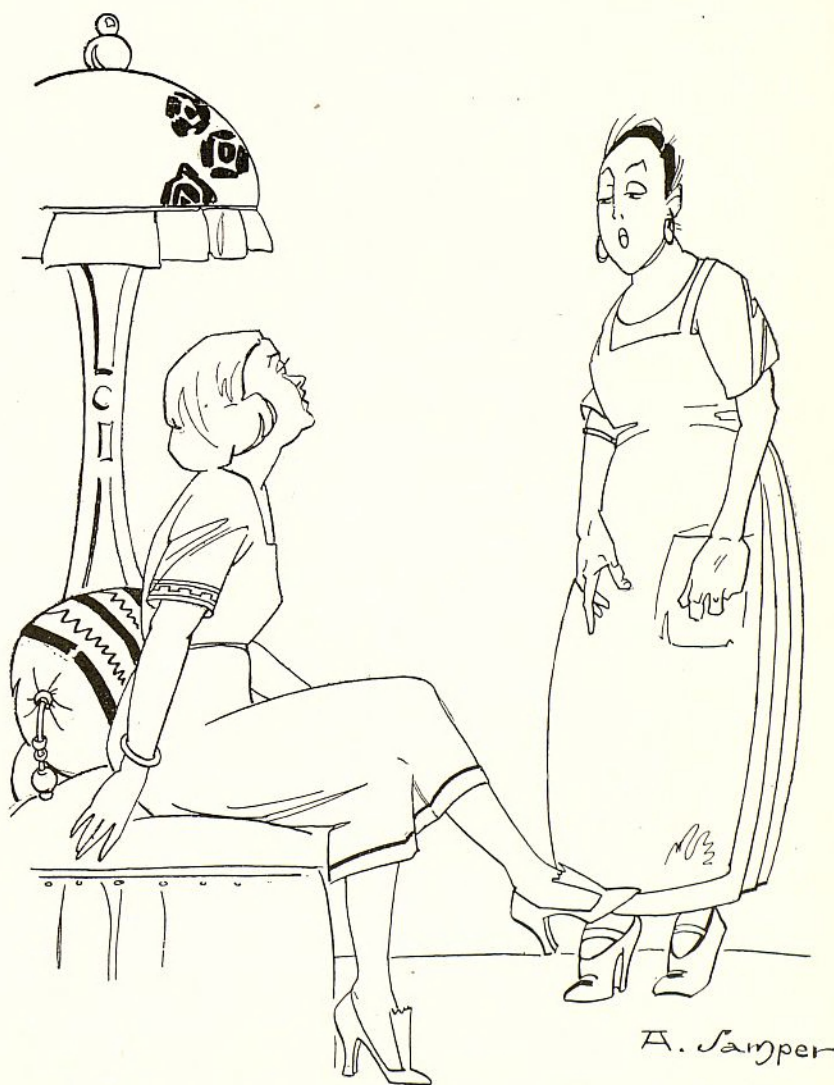
Esta muy bien ese cordón, esa barandilla o ese foso que nos separa de ellos.

Nosotros teníamos un amigo muy simpático. Era un amable y sonriente señor que todas las tardes tomaba café a nuestro lado. Un día trabamos conversación con él, y desde entonces siempre echábamos un parrafito sin transcendencia, y una vez apuradas nuestras tazas, le acompañábamos complacidos hasta la Puerta del Sol, donde, invariablemente, nos despedíamos. El tenía graves ocupaciones que no le era dado desatender. Le compadecíamos. Nosotros nunca tenemos que hacer nada, y compadecemos a los semejantes que tienen que cumplir una obligación a una hora fija. Es de lamentar que todavía haya hombres que estén sujetos a esa convencional cadena de los deberes. Peor para ellos.

Una tarde, era domingo, le acompañábamos, como ocurría todas las tardes, hasta la Puerta del Sol, y nos asaltó una horrible duda: si aquel hombre se despedía de nosotros so pretexto de su quehacer, nos engañaba, de seguro.

Era domingo, repetimos, y un domingo nadie tiene nada que hacer. ¿Cómo él sí?

Nuestras sospechas se confirmaron. Apenas llegamos a la esquina de la calle de Alcalá, nos tendió su mano velluda y fría.



Dib. SAMPER. — Bogotá (Colombia).

— Dígame, Dorotea, qué hora es. ¿Conoce usted el reloj?
— ¡Sí, señora, sí que le conozco; pero no lo entiendo ni jota!...

— Bueno, hasta mañana. Es tarde. Voy a llegar tarde. Adiós.

Oprimimos su mano sin efusión. Nos engañaba. No era leal. Y apenas nos volvió la espalda, le seguimos cautelosamente.

A buen paso caminaba calle arriba, sorteando a los transeúntes que paseaban en su contraria dirección, y adelantándose a todos los que llevaban la suya...

Por fin se paró al llegar al teatro de Apolo; miró el cartel que había colocado a la puerta, y entró rápido, saltando de dos en dos los escalones del vestíbulo.

Decidimos seguirle. Adquirimos una entrada de butacas; nos la dieron de primera fila.

No nos sorprendió que, a pesar de ser domingo, el taquillero, con la mejor de sus sonrisas, nos preguntara qué fila queríamos, porque tenía a nuestra disposición todo el teatro. Se representaba una zarzuela muy aplaudida y celebrada por los ases del escarpelo, original de un compañero de la Prensa.

Estos compañeros de la Prensa, cuando se meten a escribir para el teatro, no aburren nunca al público, porque el público no va a ver lo que han hecho.

Entramos. No veíamos por parte alguna a nuestro amigo. Subimos a los palcos...; ¡nadá! a los anfiteatros...; ¡nó! ¡nó! pesquís!

Nos resignamos a ver la función; tomamos asiento en nuestra butaca y... ¡ah! allí, frente a nosotros, sentado ante

un atril, limpiaba una trompa nuestro amigo. Nos sonrió. Le sonreímos. Era un músico. ¡Desgraciado!

Pero, en fin, pensamos, esto nada tiene de particular. Se puede ser músico, como se puede ser abogado o cura párroco. Es lo mismo. Nos dedicamos a observarle.

Un señor delgadito, calvito y nervioso, llegó precipitadamente al atril del director, empuñó un palito y dió con él dos golpes sobre un latón que protegía una bombilla eléctrica.

Nuestro amigo le miró sumiso y acobardado, e inmediatamente se puso la trompa en la boca y produjo un extraño ruido poco honesto.

Todos sus compañeros, al sentir aquello, rompieron a la vez a tocar, como si quisieran desvanecer con el estruendo la desagradable impresión que el amigo de la trompa nos había producido...

El de la trompa, avergonzado, no insistió, y, colocándose el instrumento sobre las rodillas, se dedicó a leer el *Nuevo Mundo*, mientras los otros seguían tocando.

Pero al poco alzó la vista, miró al hombre de la batuta, el de la batuta le miró haciéndole una señal de inteligencia, y nuestro amigo, asintiendo, volvió a ponerse la trompa en los labios, y descaradamente tornó a producir otros tres ruidos iguales al primero. Nos miró. Nosotros estuvimos a dos dedos de aconsejarle: «No haga usted eso, hombre, que hay gente.» Pero nos contuvimos, porque calló la orquesta. En el escenario hablaban...

De repente salió una tiple, y un actor de aquellos la dijo: «¿Qué te pasa, Aurora?»

La que hacía de Aurora miró al que dirigía la orquesta; el que dirigía la orquesta le atizó tres golpes al latón de la bombilla, y nuestro amigo lanzó con su instrumento cuatro ruidos secos y procaces. La tiple cantó:

«Yo no sé
qué tendré,
¡qué dolor!...»

Nuestro amigo repitió los ruidos. La tiple dijo entonces:

«Pero ya
descansé.
Sí, señor.»

Y se sentó muy tranquila.

La orquesta tocaba desesperadamente. El amigo de la trompa, a pesar de la afirmación de la tiple, repetía..., repetía..., repetía..., repetía...

Está bien, está muy bien ese cordón, esa barandilla o ese foso que en los teatros separa del público a los profesores de la orquesta. Ya que no una seguridad absoluta, por lo menos es un saludable aviso.

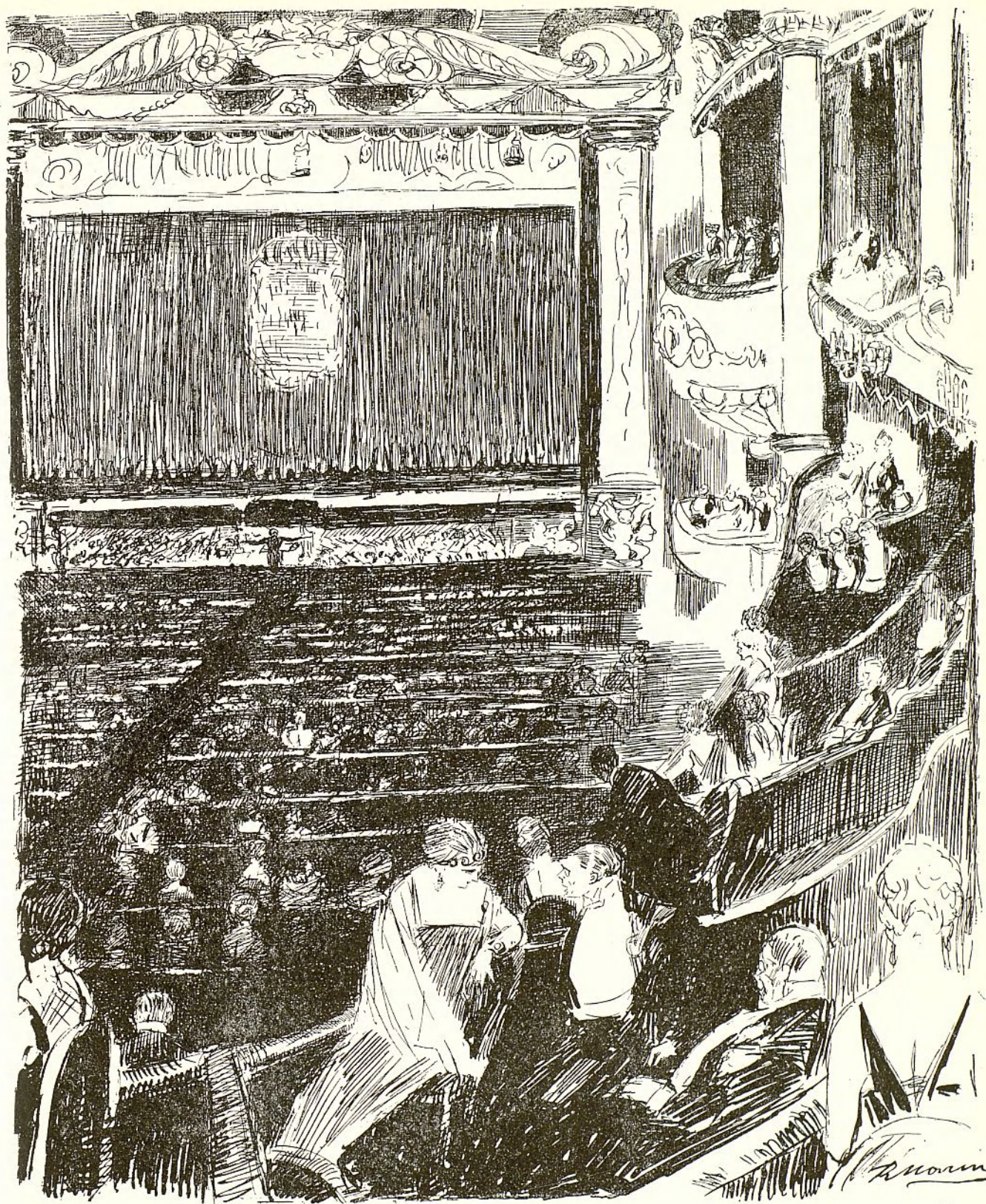
PEDRO PÉREZ FERNÁNDEZ



¡CÓMO PASA EL TIEMPO!

Dib. SANCHA. — Madrid.

— ¿Se acuerda usted, doña Clotilde, cuando publicaron nuestro retrato en el concurso de belleza infantil de La Voz? ¡Bueno; pues ésta es la hora que no se han adjudicado aún los premios!...



Dib. MARÍN. — Madrid.

A TELÓN CORRIDO

— Gracias a Dios que terminó este Wágner. Los músicos antiguos, con su música di camera, eran más discretos. Se podía hablar sin levantar la voz.

NOTICIAS SENSACIONALES

(RECOGIDAS EN BUENÍSIMAS FUENTES)

Queridísimos lectores y adoradísimas lectoras de todo nuestro corazón: ¡Se avecinan grandes acontecimientos! ¡Van a pasar cosas interesantes!... Al aburrido invierno que nos hemos tragado, le va a suceder una primavera pródiga en sucesos, llamados a producir enorme sensación en todo el mundo civilizado y en parte del que todavía está sin civilizar.

LA SEMANA QUE VIENE

será lanzada en París una nueva moda, que ha de causar emoción descomunal entre los elegantes de ambos hemisferios. La moda va a consistir en suprimir totalmente las faldas en los vestidos femeninos de recepción.

De donde se deduce que, como ya estaban de hecho suprimidas las blusas y corpiños, las señoras van a tener ocasión de lucirse como nunca. Se afirma que más de un caballero

SERÁ ENCERRADO

por vía de precaución, para que no demuestre de un modo harto ostensible su entusiasmo por el nuevo indumento femenino. Otra de las cosas que se afirma que van a ocurrir en breve es la decisión de

LA CIERVA

de cerrar su bufete, al que, por cierto, no va una rata, y hacerse empresario de teatros, para estrenar las obras del hijo de Maura. ¡Como se ve, los conservadores no dejan de buscar maneras para fastidiar al público, sea por un procedimiento o por otro!...

También se dice, con grandes visos de verosimilitud, que el automóvil de alquiler será considerado, por un decreto de la Alcaldía,

COMO BICHO PELIGROSO

y que los transeúntes serán dotados de algunas armas para defenderse de sus feroces acometidas, pudiendo incluso matar al automóvil que les sea antipático, aunque dejando vivo al *chauffeur*, si es posible.

En los Estados Unidos piensan invitar a Sánchez de Toca

Y A ROMANONES

con objeto de brindarles un experimento quirúrgico consistente en la aplicación, sin dolor, de narices de caucho y pantorri-llas de cemento, con lo cual, tanto Romanones como Sánchez de Toca quedarían convertidos en dos hombres nuevos, y, como éstos son los que se buscan para gobernar, podrían quizás (o quizás no) volver a ser ministros.

También sabemos de inmejorable tinta que el franco seguirá bajando y la peseta subirá un disparate (aunque para nosotros está ya tan alta, que no la podemos echar la vista encima); y esta baja del franco y esta subida de la peseta

LE DARÁN UN DISGUSTO MUY SERIO

a nuestro buen amigo y seguro servidor D. Raimundo Poincaré, el cual, si hace un viaje a Madrid, tendrá que vender una finca para poder adquirir un *Don Nicanor tocando el tambor* o *El arrepentimiento y la desesperación*, de Espronceda.

Se anuncia asimismo un concurso de belleza, patrocinado por nuestro querido colega *Informaciones*, concurso llamado a promover fenomenales controversias, y

DE RESULTAS DEL CUAL

se formarán dos bandos: uno, partidario de Edmond de Bries, y otro, defensor de Loreto Prado. En las votaciones habrá empate, y se someterá a un Jurado el asunto para que decida entre la belleza genuinamente griega de Edmond y la indiscu-tilmente egipcia y babilónica de Loreto. A pesar de las discusiones, es seguro que no habrá desgracias personales; pero, caso de haberlas, lo lamentaríamos mucho.

Y, finalmente, se asegura que antes de llegar el mes de junio

SE QUEDARÁ SIN UNA PESETA

todo el gremio de carniceros de Madrid, pues se le obligará a rebajar el precio de la carne de tal manera, que las criadas tendrán la falda por los suelos, las darán dos chuletas por menos de nada y las harán picadillo completamente gratis.

Creemos que estas noticias bien valen la pena de que ustedes se alegren de haber nacido; y como nosotros también estamos muy contentos, las firmamos con enorme satisfacción y prometemos seguirselas facilitando a ustedes según nos las vayan dando a nosotros. ¡Y si no nos las dieran, las compraríamos, na la más que por el gusto de servirles!

Por el reportaje,

NÉSTOR O. LOPE

NUESTRAS ARTISTAS DIBUJAN Y ESCRIBEN

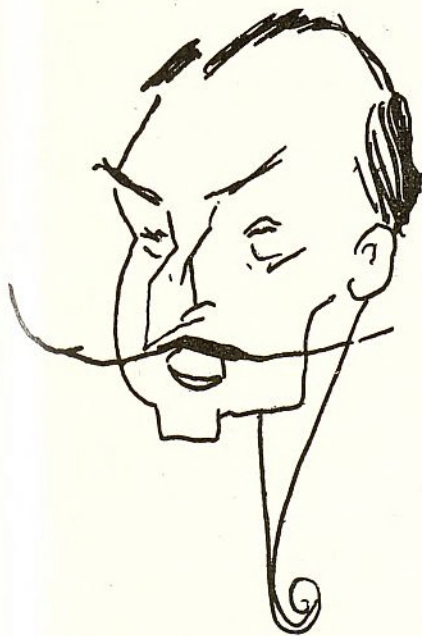
UN ARTÍCULO
DE
MARÍA
BASSÓ

— ¿Se puede?
— ¡Adelante!
Y pasa un señor, al cual no tengo el gusto de conocer.
— Usted dirá, caballero.
— Señorita, soy redactor de BUEN HUMOR, y vengo para que escriba usted un artículo y haga unos dibujos para publicárselos en mi periódico.
— ¡Yol... ¿Que yo dibuje?... ¡Por Dios!



ILUSTRADO
POR
ELLA
MISMA

— ¡Sí, mujer, sí!... Pero acuéstate ya.
— No puedo acostarme. ¡Si me falta el artículo!
— Déjate de artículos, y no me des más tabarra. ¡A la cama he dicho!
Muy malhumorada me voy a dormir. Pero en esto vuelve a mí la inspiración, y hago la caricatura de D. Arturo Serrano.
Pero después de hecha me asalta un



Si usted me conociera, no me pediría esas cosas. ¡Pero si no sé ni coger un lápiz!

— Pues no hay más remedio: yo no le pido que se convierta en Penagos, sino que haga unos dibujitos y un articulito; cualquier cosa: eso no tiene importancia. Mañana volveré a recogerlo. A los pies de usted, señorita.

— Beso a usted la mano.

Esta deliciosa criatura, que forma parte de la compañía del Infanta Isabel (como comprenderá el lector, debe ser delicioso vivir en su compañía), nos envía este artículo y estos monos, en los que derrocha, una vez más, su gracia y su ingenio inimitables.

Y aquí me tienes, lector, hecha un mar de confusiones.

— Pero, hija, ¿qué haces?

— Mamá, no me digas nada, que a los genios, cuando trabajamos, no se nos puede interrumpir.

— ¡Que son las cinco de la mañana y llevas más de tres horas emborronando papel!

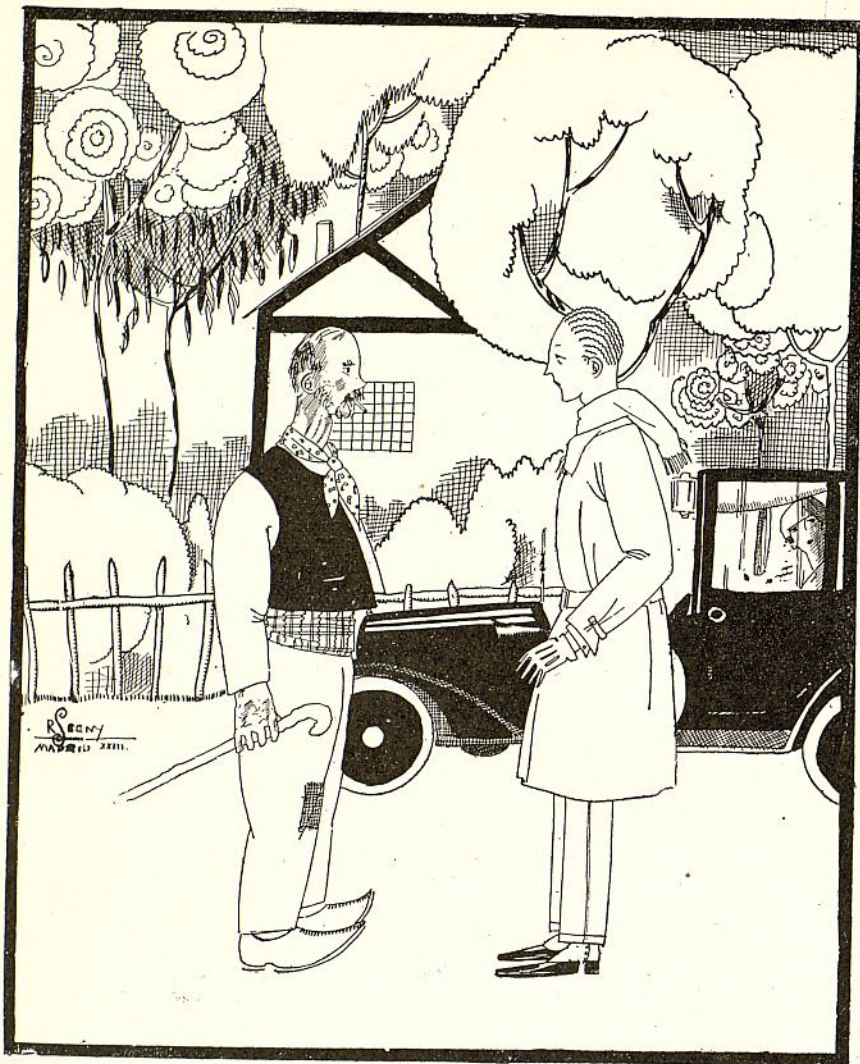
— No, mamáita, eso sí que no lo consiento, que digas que emborrono papel: acabo de hacer una caricatura de don Pedro Muñoz Seca, que riete tú de los grandes caricaturistas. Como me habrá salido, que temo que crean que no la he hecho yo. ¡Pero tú lo sabes, mamá! Y si te lo preguntan, dirás que he sido yo.



temor. ¿Me despedirá de la compañía por la birria de caricatura que le he hecho? Y D. Pedro, ¿no me escribirá ningún papel más?

¡Dios mío, lo que cuesta ser caricaturista!

María Bassó



Dib. SERNY. — Madrid.

— ¿Es usted de esta quinta?
— ¡No, señorito, soy de la quinta del noventa y ochol...

DEMÓSTENES EN LOS CUATRO CAMINOS

Una muchedumbre de curiosos y desocupados agólpase formando corro alrededor de un hombrecillo, de aspecto pobretón, que va y viene de un lado a otro gritando hasta desgañitarse:

— ¡La cáscara del Líbano! ¡Prodigioso descubrimiento, señores, con el que trae revuelto al mundo científico el célebre doctor Jagurenk, de la Universidad de Chicago! No daña al organismo. Puede tomarse sin prevención a cualquier hora del día, bien antes, durante o después de cualquier comida... Allí veo a un caballero que se sonríe escéptico, como diciendo para su capote: «¡Bah! Este sujeto es un charlatán más, y el específico que anuncia no pasará de ser uno

de tantos brevajes inútiles que se propagan por ahí a diario». ¡Pues bien, señor mío! Yo reto a todos los caballeros aquí presentes a que me demuestren que esto, esto que van ustedes a ver ahora mismo (¡a ver, niños, si va a poder ser!), no merece que le presten ustedes dos minutos de atención... La Humanidad doliente ha encontrado en este producto su más rica panacea, como puedo demostrar a ustedes con numerosos testimonios recogidos por toda la Península.

Dicho esto, el charlatán saca de una caja un frasco con agua, y vierte en un vaso parte del líquido incoloro.

Después extrae del bolsillo del pantalón una cajita, y echa de ella una cu-

charada de ciertos polvos rosados. El agua toma a poco un rubio color de caramelo.

Mientras nuestro hombre maniobra ante el público, que le contempla receloso, no cesa en su charla un instante.

— Ustedes notan, al levantarse, mal sabor de boca, lengua sucia, ojos biliosos, dolor en las articulaciones... No tienen ustedes ánimo para nada. ¡Ustedes padecen del estómago! Apelan a tal o cual potingue que vieron anunciado, o que les recomendó el compañero de oficina, o el de taller, y no hallan alivio. Toman bicarbonato, magnesia... ¡Todo inútil! Sigue la pesadez en las digestiones, ideas tristes, algo así como si se os viniese el mundo encima...

Un mozo de cuerda da su asentimiento.

— Pues todo eso — prosigue el orador — es una señal inequívoca de que vuestras fuerzas decaen, de que vuestra vida se apaga...

Al oír *se apaga*, un carbonero de bigote canoso le da dos chupadas al cigarro que tiene en la boca.

— Sin embargo, señores, todos los síntomas de malestar desaparecen tomando por la mañana, en ayunas, un cortadillo de agua con una cucharadita de la cáscara del Líbano. No daña a la salud. Repito que pueden tomarlo todas las personas, sin distinción de ningún género.

El charlatán, mientras pondera las excelencias de su mercancía, ingiere seis u ocho vasos del tal brevaje, los cuales es posible que sirvan para hacer enfermar del estómago a cualquiera, pero que no curan, ¡qué hán de curar!, a ningún enfermo.

Lo digo porque yo pude presenciar en cierta ocasión, en los Cuatro Caminos, como ahora, al oscurecer, y cuando ya el charlatán se quedó a solas con su conciencia y con su específico, pude presenciar, digo, cómo nuestro héroe, el que tanto había renegado del bicarbonato, sacaba una cajita disimuladamente del bolsillo, una de esas cajitas en cuya etiqueta pude leer yo: «Bicarbonato químicamente puro.»

El charlatán miró recelosamente a un lado y a otro, para percatarse de que nadie le veía; llenóse de unos polvos blanquíssimos el cuenco de la mano, se la llevó a la boca, tragó el contenido haciendo un gesto agrio, y en seguida se colocó ambas manos sobre el estómago, como diciendo optimista:

— ¡Ahora es cuando esto marchal! Que me perdone Torres Muñoz las obligadas injurias que he lanzado sobre su maravillosa droga!

En seguida lió el petate y echó a andar calle de Bravo Murillo abajo, ufano, boyante, satisfecho...

¿Conque la cáscara del Líbano para el dolor de estómago?

¡Sí, sí! ¡Cáscaras!...

MIGUEL DE CASTRO

LAS COSAS DE LOS TEATROS

PIRANDELLO

Traducida por Gómez Hidalgo ha venido a nuestra escena *La ragione degli altri*, o séase *La razón de los demás*, de Luigi Pirandello. Al ser francos, diremos que la comedia nos parece excelente: Pirandello expone sus puntos de vista con absoluta independencia, resuelve los problemas vulgares tal y como a él le parece bien, y se salta a la torera lo que cree convencional, no ya en el Teatro, sino en la propia vida.

Dijéramos que se pone el mundo por sombrero de copa, y que habla, piensa y escribe como le da la real gana.

Ese es el secreto de Pirandello.

Hasta ahora habíamos convenido en que una madre tenía derecho indiscutible a sus hijos: para eso los había traído a este mundo. Pero, de pronto, viene Pirandello, y dice que no. ¿Hay quien, por una causa o por otra, puede tener a las criaturas en mejores condiciones? ¡Pues se lleva a los niños, se los arrebató a sus padres, y todo el mundo tan contentol

La Naturaleza no vende, sino que regala — viene a decir —; y como ello es injusto, porque a veces se equivoca y le da nariz al que no tiene pañuelo, o viceversa, el hombre tiene razón para apoderarse del lienzo y sonarse cuando le haga falta...

Esto es de una evidencia aplastante. Yo veo a un manco de ambos brazos con unos guantes de gamuza magníficos dentro del bolsillo; en cambio, yo tengo sabañones en los dedos por el frío que hace. ¿Qué resolución adoptaré? Calzarme los guantes y respirar, aliviado del dolor en las manos.

Lo convencional, lo establecido, sería tenerle miedo al Código, que me trataría, si no, como un ladrón vulgar, y respetar los guantes en el bolso del inútil. Pero lo *pirandellista* es todo lo contrario, o, al menos, lo es lo *pirandellista* de la producción de Pirandello traducida por Gómez Hidalgo...

Hay quien dice que *La razón de los demás* es una comedia conservadora, y yo creo que es de lo más bolchevique que pueda producirse.

Es cuestión de interpretaciones. Y ya, por una triste experiencia, sabemos que las interpretaciones del famoso autor italiano son tantas como artículos de colaboración se publican en diarios y revistas nacionales...

Lo cual quiere decir que podemos teorizar como realmente nos plazca, en la firme creencia de que nuestra opinión estará tan próxima de lo cierto, por lo menos, como la de los otros señores preopinantes.

Más claro aun: que tenemos la misma

razón que los demás para ser más papistas que el Papa.

O más *pirandellistas* que Pirandello.

OTRO ESTRENO

En Apolo se estrenó *La rosa de fuego*. Y la gente, que no tiene con qué entretenerse, ha dado en la manía de censurar que Tomás Borrás, espíritu cultivado y selecto, escritor de sólido prestigio, colabore con Antonio Paso, autor *astrakanesco*.

Pero ¿a ustedes que les importa, señores? El ilustre escritor hace lo que quiere de su pluma y de su ingenio, sin que tengamos derecho a inmiscuirnos en sus decisiones ni en sus colaboraciones.

La obra estará bien, o estará mal — pongamos que está regular —, y no nos incumbe otra cosa que verla, juzgarla y opinar sobre ella.

¿Qué tiene que ver que Pablo Luna no tenga bigote ni barba, para que los números de su partitura de *La rosa de fuego* sean demasiado largos?

Hemos llegado a un límite intolerable, caballeros. Pase lo de que seamos más *pirandellistas* que Pirandello; ¡pero

más *tomasistas* que Tomás, ya es abusivo!

¿O es que queremos quitarle el pañuelo, los guantes, los niños... y el cocido?

Tengan en cuenta muchos — a propósito de los guantes y de los pañuelos — que Borrás, ni es chato, ni es, por fortuna, manco.

UNA INTERRUPCIÓN

El otro día debutó en un saloncito de *variétés* de esta Corte una bailarina, bella, algo entrada en carnes, graciosa... y sexagenaria.

La mujer hizo su aparición interpretando un número en el que figuraba ser una niña traviesa que saltaba, corría y jugaba a la comba...

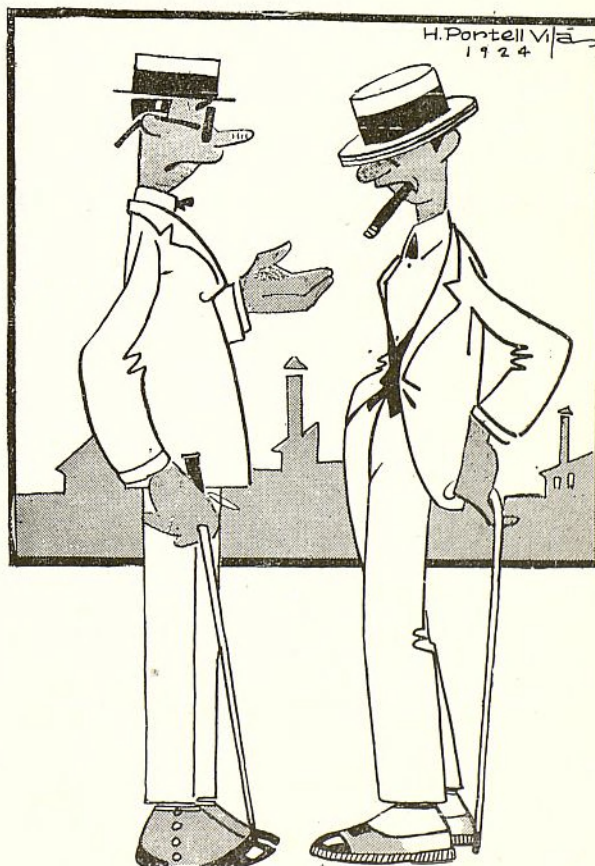
El contraste era notorio, y se advertía desde las últimas localidades del *gallinero*.

Comenzó la artista a hacer *monerías*, y de pronto, en la primera fila de butacas, se levantó un espectador iracundo que exclamó a grito pelado:

— Pero, señora, ¿cuándo va usted a tener formalidad?

JOSÉ L. MAYRAL

Dib. PORTELL VILÁ
La Habana.



— ¡Encontraste, por fin, tu reloj?

— Aun no.

— ¿Por qué no pones un anuncio en los periódicos?

— ¡Porque el reloj no sabe leer!...

El = buen = humor = de = nuestros = clásicos

L A L O C E N A

EN Jaén, donde resido,
Vive don Lope de Sosa,
Y diréte, Inés, la cosa
Más brava de él que has oído.
Tenía este caballero
Un criado portugués...;
Pero cenemos, Inés,
Si te parece, primero.
La mesa tenemos puesta,
Lo que se ha de cenar, junto;
Las tazas del vino, a punto;
Falta comenzar la fiesta.
Comience el vinillo nuevo
Y échale la bendición:
Yo tengo por devoción
De santiguar lo que bebo.
¡Franco fué, Inés, este toque!
Pero arrójame la bota.
Vale un florín cada gota
De aqueste vinillo aloque.
¿De qué taberna se trajo?
Mas ya...: de la de Castillo.
Diez y seis vale el cuartillo;
No tiene vino más bajo.
Por Nuestro Señor, que es mina
La taberna de Alcocer;
Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.
Si es o no invención moderna,
Vive Dios que no lo sé,
Pero delicada fué
La invención de la taberna;
Porque allí llevo sediento,
Pido vino de lo nuevo,
mídenlo, dánmelo, bebo,
Págolo y vóyme contento.
¡Esto, Inés, ello se alaba,
No es menester alaballo!



Sólo una falta le hallo:
Que con la prisa se acaba...
La ensalada y salpicón
Hizo fin... ¿Qué viene ahora?
La morcilla, gran señora,
Digna de veneración.
¡Qué oronda viene y qué bella!
¡Qué través y enjundia tiene!
Paréceme, Inés, que viene
Para que demos en ella.

Pues, ¡sus!, enoñase y entre,
Que es algo estrecho el camino...
No echas agua, Inés, al vino,
No se escandalice el vientre.
Echa de lo trasajado
Porque con más gusto comas.
¡Dios te guarde, que así tomas,
Como sabía, el buen consejo!
Mas di: ¿no adoras y precias
La morcilla ilustre y rica?...

¡Cómo la traidora pica!
Tal debe tener especias.
¡Qué llana está de piñones!
Morcilla de cortesanos,
Y asada por esas manos,
Hechas a cebar lechones.
El corazón me revienta
De placer... No sé de ti.
¿Cómo te va? Yo, por mí,
Sospecho que estás contenta.

¡Alegre estoy, vive Dios!
Mas oye un punto sutil:
¿No pusiste allí un candil?...
¿Cómo me parecen dos?...
Pero son preguntas viles;
Ya sé lo que puede ser:
Con ese negro beber,
Se acrecientan los candiles...
Probemos lo de Pichel,
Alto licor celestial;
No es el aloquillo tal
Ni tiene que ver con él.
¡Qué suavidad, qué clareza!
¡Qué rancio gusto y olor!
¡Qué paladar, qué color!
¡Todo con tanta fineza!
Mas el queso sale a plaza,
La moradilla va entrando,
Y ambos vienen preguntando
Por el pichel y la taza.
Prueba el queso, que es extremo;
El de Pinto no le iguala.
Pues la aceituna no es mala;
Bien puede bogar su remo.
Haz, pues, Inés, lo que sueles:
¡Daca de la bota llena
Seis tragos! ¡Hecha es la cena!
¡Levántense los manteles!...
Ya, Inés, que habemos cenado
Tan bien y con tanto gusto,
Parece que será justo
Volver al cuento pasado.
Pues sabrás, Inés, hermana,
Que el portugués cayó enfermo...
Las once dan, yo me duermo.
Quédese para mañana.

Baltasar del Alcázar.

El hombre que lleva un ataúd

— Tienes que llevarlo a la calle Alta, al treinta y seis — le había dicho el dueño de la tienda —. Es para don Florencio Sosa; no corre prisa; puedes ir despacio.

El señor Nicanor, no obstante llamarse así, era un hombre de suerte: nunca había visto cerca la zarpa del hambre, ni el peso sudoroso de una enfermedad, ni el agobio de una familia numerosa, ni la desaparición de personas queridas.

Además, le habían declarado inútil para el servicio militar.

Nicanor, ni podía quejarse de su sino, ni se quejaba. Aceptaba todo, sólo considerando su lado bueno, y era tan feliz en la vida como un gusano en un queso.

Su jovialidad natural no se había alterado jamás, a pesar de que su oficio no era de los más jocosos. Poco trabajo tenía, y reducíase a llevar cajas de muerto a domicilio.

El hombre iba tan tranquilo, sonriente, pensando en algo agradable, su ataúd enfundado, y no pareciendo otra cosa que un ataúd, sin pesarle demasiado en los hombros, y sin notar cómo las gentes, al verle con su cargamento, bajaban los ojos, como las señoras al bordear un evacuatorio.

Ese día su alegría era mayor, lo cual le hacía poner una cara irritantemente regocijada. Iba por la calle con su trasto al hombro y fumando un pitillo.

No tenía prisa; se lo habían dicho; así es que convertiría su misión en paseo. Se fué, pues, deteniendo ante todos los escaparates, y entró en varias tiendas a preguntar precios de cosas.

Se detuvo en un corro, en donde peroraba un charlatán, y acompañó un rato, llevando el paso, a una charanga militar.

Fué entonces cuando se encontró con su amigo Arturo.

— ¡Querido Nicanor!

Se dieron medio abrazo a causa de la caja.

— ¿Adónde llevas esto?

— A casa de un cliente; pero no tengo prisa.

— Qué, ¿no se ha muerto todavía?

Fueron a un bar; había que celebrar el encuentro; al entrar chocó la caja con la puerta de cristales. Todo el mundo se volvió, algo extrañado.

No se sentaron; consumieron en pie las copas, con el ataúd apoyado al mostrador. La conversación no tiene la suficiente importancia para que la recordemos; tampoco la tiene la cara del público del bar.

Arturo iba a la boda de la Inés, la hija de un amigo de ambos.

— Acompañame hasta la casa, y así los felicitas.

— No faltaba más...

Salieron los dos amigos del brazo, y siguieron por las calles con su cargamento hasta la casa de la novia. Cuando llegaron ya estaba toda la comitiva subida en dos inmensos rippers; fueron acogidos con vivas muestras de entusiasmo. El padre de la novia les abrazó conmovido.

— Os venís a comer a la Bombilla — dijo.

— Yo tengo que llevar esta caja.

— La llevas luego.

— Que suba, que suba Nicanor — decían los de los coches.

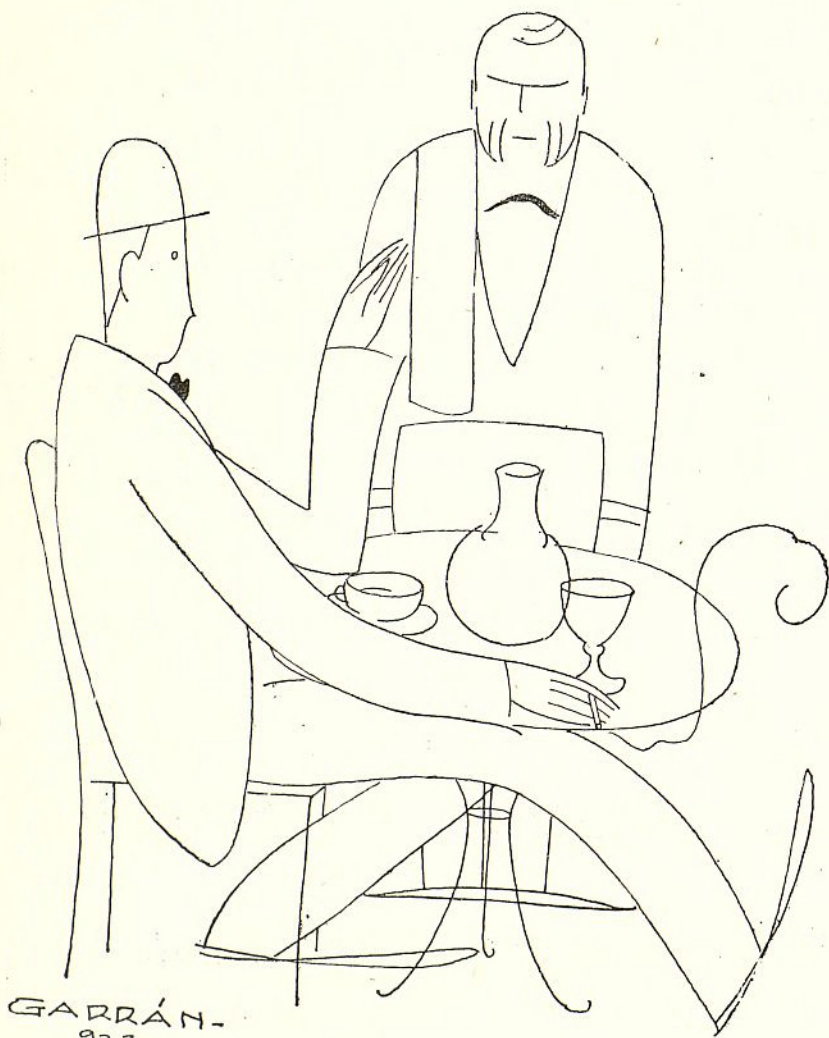
Y Nicanor fué izado en uno de ellos. Salieron entre vivas a la novia y gritos de niños.

La caja cabeceaba en el pescante, como esos señores que dicen que no a todo por un tic nervioso.

¡Magnífico recorrido por Madrid, llevando de gritos las calles y curioseando en los entresuelos, y magnífica también la llegada al restaurante, de cuyo interior salían los gargarismos de cristal de un organillo!

— ¡Que traigan la paella! — gritaron todos al apoderarse de la mesa, dispuesta en medio del jardín, después de haber dejado los sombreros en el ataúd, colocado en el suelo.

Y mientras el Manzanares cosquilleaba las riberas del merendero, con sus siete litros de agua, Nicanor comía



Dib. GARRÁN. — Madrid.

— Me parece, Pedro, que hoy está el té muy claro...
— Es que hoy lo han hecho con agua limpia...

y bebía con la alegría más desbordante.

— ¡Que hable, que hable! — dijeron al final de la comida.

Y Nicanor se dispuso a lanzar un discurso encaramado en una silla. Pero alguien le empujó, y se trasladó de sitio para hablar.

— Desde aquí mismo — dijo apartando unos sombreros, y se subió sobre el ataúd, que hizo «clas».

— ¡Señores! — comenzó —. ¡Señores! Y los vapores del Valdepeñas le pusieron un punto y aparte.

— La vida es alegría... ¡Viva la alegría!

— ¡Viva! — contestaron todos.

— ¡Que baile! — añadió una voz.

Y Nicanor inició un *taconeado* de tango flamenco.

El fêretro resonaba admirablemente. — ¡Señores! — insistió, con esa pesadez de los borrachos, y esa predilección por esa palabra.

— El hombre es alegre desde la cuna.

— ¡Viva la cuna! — chillaron todos. Y Nicanor volvió a patalear sobre su pedestal; esta vez eran *bulerías*.

— ¡Ole..., ole..., ole! — jaleó la boda.

— ¡Señores! — volvió a decir Nicanor.

Pero le hicieron sentarse, entre un hipo atroz.

— ¡A bailar!

Se desgarraron los organillos, y la boda se puso a bailar.

Dos mozalbetes golpeaban con dos tenedores la caja, llevando el compás.

Ya era de noche cuando regresaron,

y su alegría de vuelta de los toros contrastaba con el aspecto neoyorquino de la ciudad en el anochecer. La caja iba en el pescante como esas majas de papel en los simones verbeneros.

Nicanor se dirigió con paso inseguro a cumplir su encargo; reía y cantaba solo, y el ataúd oscilaba gravemente, buscando con frenesí algún escaparate.

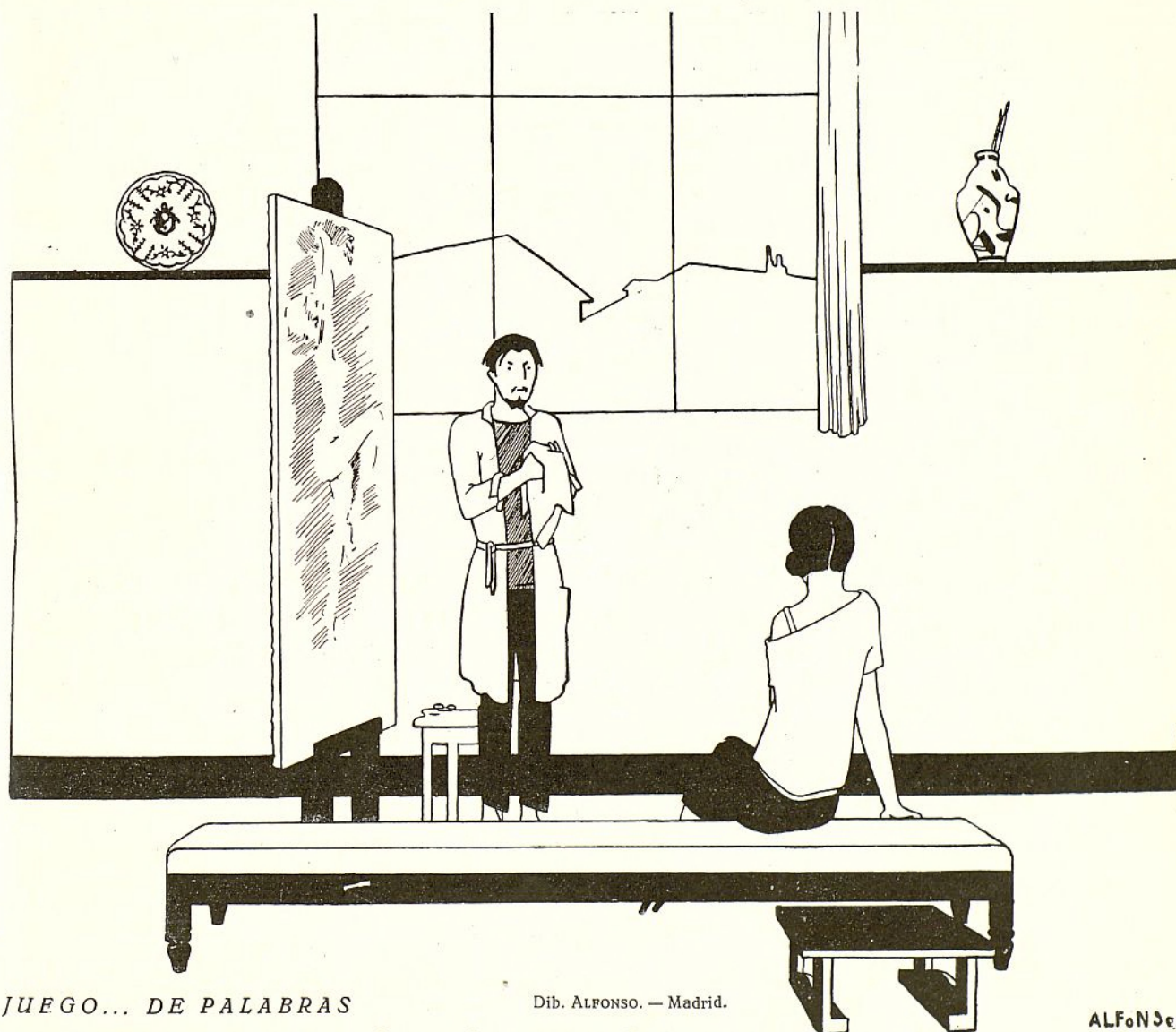
Nicanor llegó a la casa del difunto. — ¿Don Florencio Sosa? — preguntó entre dos hipos.

El portero le miró torvamente.

— Ha salido — le contestó.

Y Nicanor no acertaba a franquear el portal, a causa de la media puerta cerrada.

EDGAR NEVILLE



JUEGO... DE PALABRAS

Dib. ALFONSO. — Madrid.

ALFONSO

— La posición es bastante incómoda; pero diez pesetas sesión, no son de despreciar...

— Pues mira: es una postura con la que seguramente pierdo...

SENCILLÍSIMA EXPLICACIÓN DE CIERTOS REFRANES

Ustedes seguramente no se habrán preocupado nunca (y han hecho ustedes muy bien) del porqué de ciertos populares aforismos, refranes y dichos que ruedan por ahí de boca en boca desde los ya lejanos tiempos en que Maura era feliz, España no conocía el fútbol y un servidor de ustedes era párvulo del todo, ¡y a mucha honra!

Pues bien: los refranes más conocidos, los más estúpidos proverbios, tienen un origen, un punto de partida, un acontecimiento más o menos pedestre durante el cual han sido pronunciados por primera vez. Y como en esta casa todo se explica (con el noble fin de que nuestros lectores lleguen paso a paso al pleno disfrute de la sabiduría y, luciéndola, se den el pisto correspondiente), vamos a enterarles a ustedes, si quieren hacernos un poquito de caso, de cómo y por qué hanse hecho célebres ciertas frases que hoy se dan como máximas indiscutibles en el copioso refranero de nuestra salerosa tierra.

Como verán ustedes, desde un poco más abajo hasta el final de este artículo (o lo que sea, suponiendo que sea algo), el origen de los modismos que vamos a catalogar es de una sencillez, de una mentecatez y de una diafanidad verdaderamente encantadoras y unas miasmas atortolantes.

¡Y, sobre todo, tengan ustedes la absoluta, la plena, la indisputable, la rotunda, la firme, la indestructible, la avasalladora seguridad de que todo lo que vamos a decirles es más cierto que el conjunto de afirmaciones que en su

vida ha arrojado por sus labios el insigne Melquiades Alvarez, la mitad de las cuales no han sido verdad, si bien hay que reconocer que la otra mitad han sido menos verdad todavía...

Y, una vez esculpidos los inolvidables párrafos precedentes, procedamos a la exhibición de las materias prometidas. ¡Allá va eso!

I

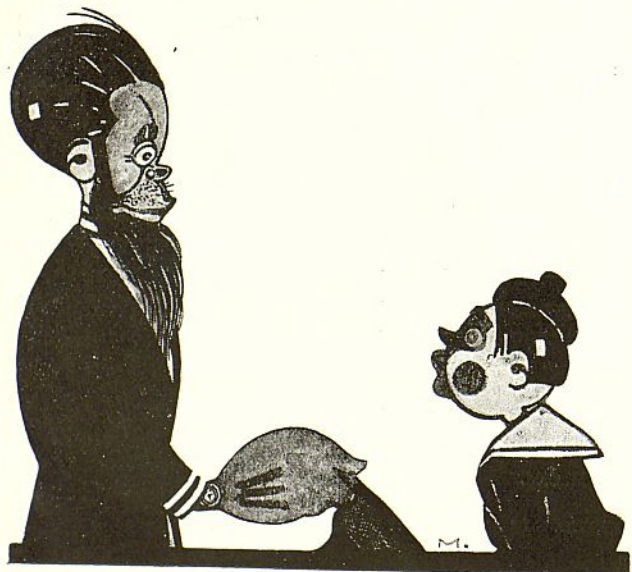
Dícese que fué en Jadraque donde había un sacerdote que, por no se sabe qué desaforadas influencias, además de decir todas las misas que le daba la gana, sin que nadie le discutiera su derecho, estaba encargado del único estanco que había en el pueblo. Su parroquia (la de la iglesia) y su parroquia (la del estanco) eran casi las mismas personas las que la constituían, pues en aquellos tiempos ya fumaban por allí algunas señoras, adelantándose a la moda que hoy reina tiránica y demoledora en el mundo entero y sus alrededores.

Mientras el cura decía misa, el ama (que, aunque era el ama, no era más que una criada..., con biberón, por cierto), despachaba cajetillas; y, después de comer, el buen sacerdote expendía sus acreditados puros canarios, muy apreciados en Jadraque para después del café, los cuales extraía con galante sonrisa del mazo correspondiente.

Y aquí tienen ustedes la nítida explicación de la frase que dedicó al admirable cura un vecino de la localidad:

¡A Dios rogando, y con el mazo dando!

Dib. MONDRAGÓN
Barcelona.



— ¿Se deja usted la barba, don Severo?

— Sí, hijo, por economía.

— ¿Por economía?... ¡Si le afeitan a usted por treinta céntimos!...

— Sí; pero... ¿y la corbata?...

Frase, por cierto, un poco inexacta porque el sacerdote no daba lo que había en el mazo, sino que lo vendía, y no digamos que muy barato, sino con la mayor utilidad posible, ¡qué caramba!...

II

Camilo Flammarión, el formidable genio que todos ustedes habrán conocido (y el que no le haya conocido no tengo más remedio que compadecerle con una conmiseración monstruosa), fué invitado a pasar unos días (y unas noches) en su ciudad natal.

Fué recibido con bandera y música, oyó discursos elogiosos, tuvo que apechugar con un *champagne* de honor y con varios tes, de bastante vergüenza y dignidad también, y hubo de dar una conferencia, que es lo que dan los grandes hombres cuando no están en disposición de dar dinero, ropas o efectos.

Todo estuvo muy bien. Flammarión oyó aplausos, recogió tabacos, y no cortó orejas porque no era sanguinario ni carnicero; pero al día siguiente de su llegada tuvo una pequeña contrariedad. Sus paisanos, desde el príncipe orgulloso hasta el que pescaba en inmunda e indecente lancha, estaban deseando que lloviese, porque había una sequía que para qué... Y como suponían que Flammarión sabía un rato luengo de cuestiones atmosféricas, le preguntaron modestamente que cuándo llovería, según su inapelable juicio.

Flammarión miró al cielo (su distinguido amigo) y afirmó rotundamente:

— ¡Pasado mañana habrá aquí una de chaparrones, que va a ser un asco!

Palabras que fueron acogidas con una deslumbrante ovación y varios gritos de «¡Viva Camilo!», y «¡Saquemos los paraguas... de la casa de empeño!»

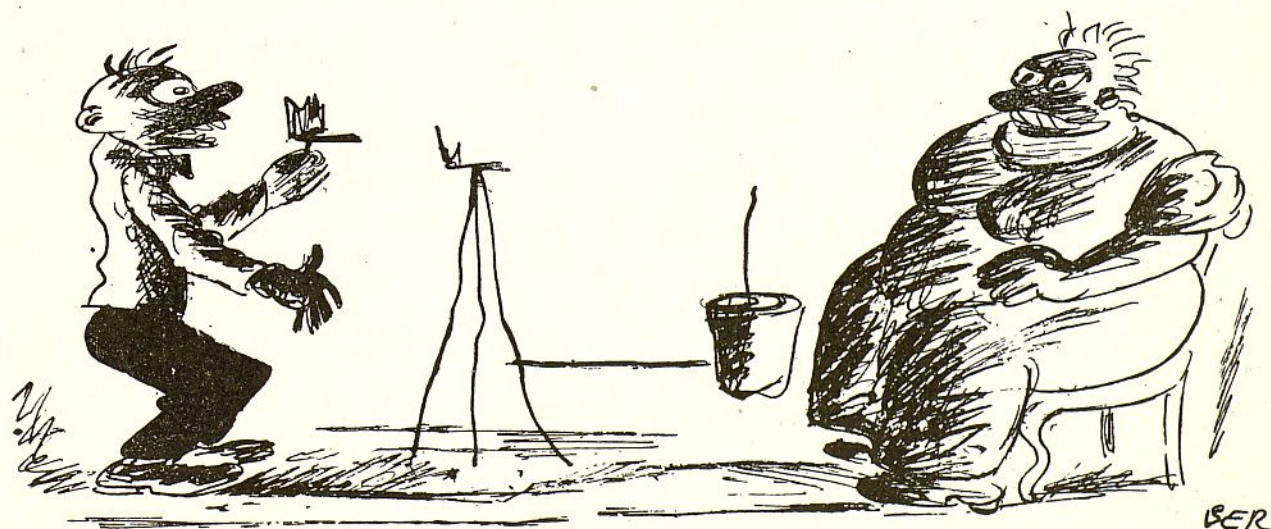
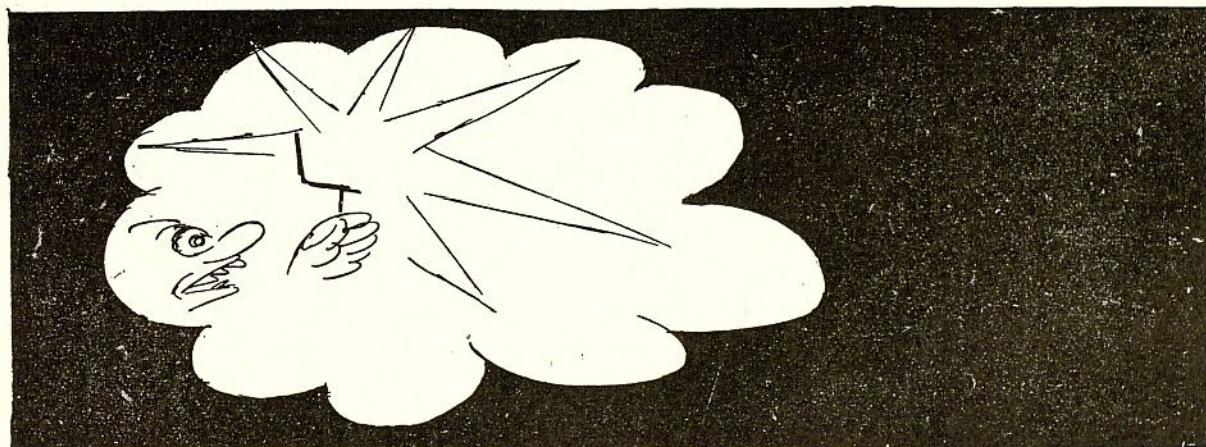
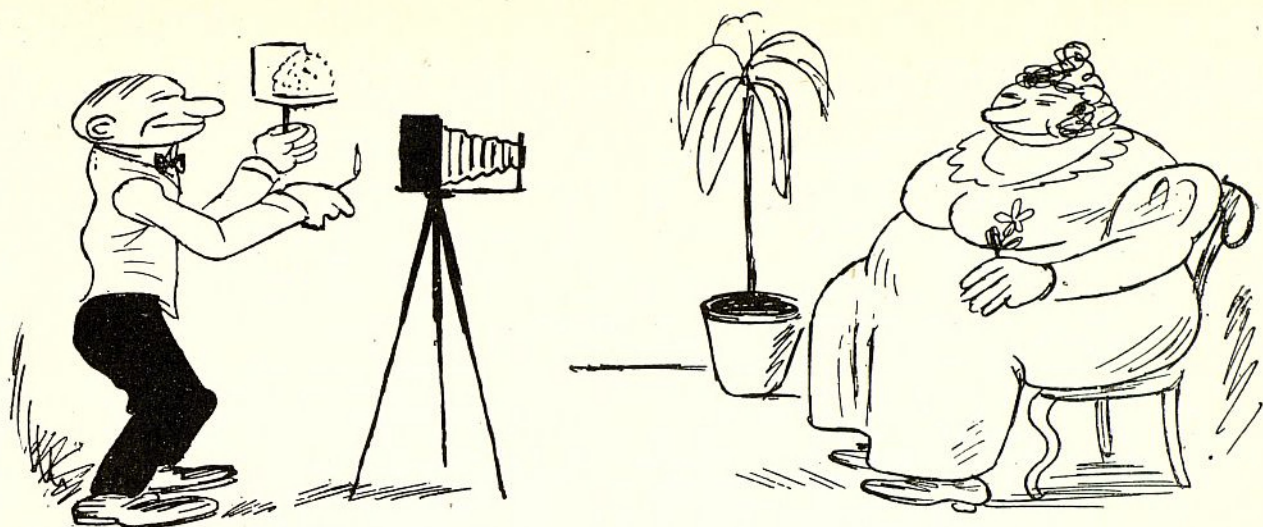
Pero llegó pasado mañana, y no llovió ni gota. Al contrario, picó el sol que casi amargaba.

Y un carpintero, que además era cómico, y no se sabía sobre qué tablas estaba más genial e inspirado, resumió con una frase ponzoñosa el *planchazo* del insigne astrónomo:

¡Nadie es profeta en su tierra!

Con lo cual quiso dar a entender que si Flammarión hubiese dicho en Vallecas, por ejemplo, *¡Mañana llueve!*, habría habido barro para quince días, recrudescimiento de las enfermedades reumáticas, inundaciones y hasta es posible que unos cuantos muertos sin asistencia facultativa, para mayor gloria del vaticinador.

ERNESTO POLO



Dib. BERGSTROM. — Estokolmo.

UNA FOTOGRAFÍA AL MAGNESIO

Ayuntamiento de Madrid

TRAGEDIAS HISTÓRICAS LA DERROTA DE ATAHUALPA

Por lo que la vista abarca, — se ve un valle, al que rodea — la sierra, y do está la aldea — llamada de Cajamarca. — Y juro por mi *salú* — que la fecha del hecho es — mil quinientos treinta y tres — y que ocurre en el Perú; — tierra perdida y extraña — de la que gente muy lista, — llevó a cabo la conquista — en nombre del rey de España.

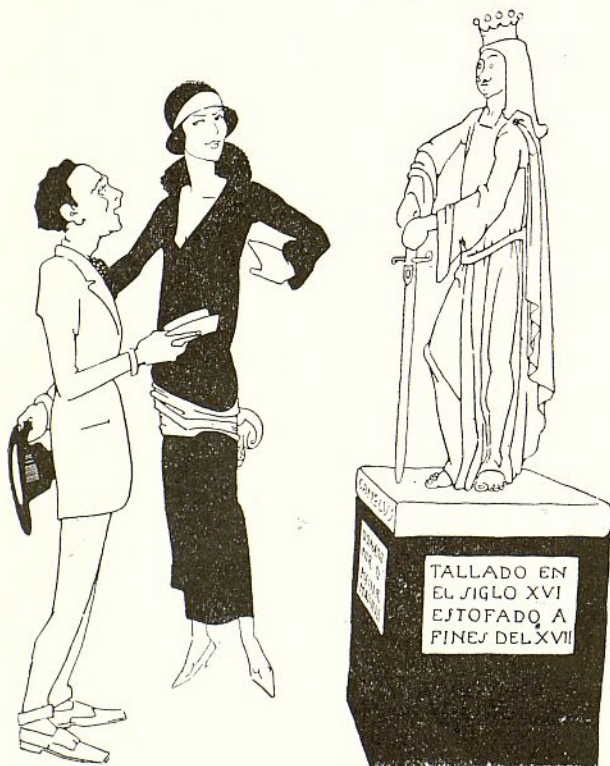
Sufriendo penas muy grandes — e innumerables molestias — han salvado ya los Andes — doscientos hombres y bestias. — Las bestias, leales vasallos — de audaces conquistadores, — eran diversos caballos, — los más fuertes y mejores. — Y los hombres que formaban — la expedición que allí había — eran PIZARRO, CANDÍA — y SOTO, que comandaban, — con pericia singular — a unos soldados valientes, — de esos que echaban los dientes — batallando sin cesar. — En busca de nuevas fincas — los de España se han metido, — procurando no hacer ruido, — en el pueblo de los incas; — y el jefe de éstos, que era — ATAHUALPA, ha planeado — el caer como una fiera — sobre aquel grupo esforzado, — y hacerles polvo en seguida — con sus feroces guerreros, — para que nadie en la vida — imite a los extranjeros.

F. PIZARRO. ¡A ver, soldados! ¡Atención! Yo veo aparecer en lo alto de aquel risco quince mil incas...

P. DE CANDÍA. Sí... Se pone feo este asunto, ¡pardiez!

FRAY VICENTE. ¡Nos hacen cisco!

PIZARRO. ¿Qué es eso, fray Vicente? ¡Sed valiente! Que no diga la gente que un día fué cobarde fray Vicente.



Dib. XIMÉNEZ HERRAIZ. — Madrid.

ELLA. — La verdad, chico, no sé qué méritos le encuentras.

EL. — ¡Oh!... Me gusta mucho el estofado...

FRAY VICENTE. ¡A que seáis valeroso yo os obligo! Si yo lo soy, mi amigo...

PIZARRO. Pues os veo temblar, cual arbolitos que se alzan en la selva milenaria...

FRAY VICENTE. ¡Lo que me hace temblar es la malaria, la fiebre que nos tiene a todos fritos! (Pizarro sube encima de un arzón — y dice la siguiente alocución.)

PIZARRO. Oid, soldados míos: ciento setenta tios formamos el ejército invasor que viene a combatir con todo ardor y a apoderarse pronto del Perú.

Si alguno de vosotros hace el bu, y al ver al enemigo escapa al trote, nos dan un palizón estos salvajes que no van a quedar ni nuestros trajes. ¡Y a mí no hay, vive Dios, quien me derrote!

TODOS. ¡Ni a nosotros, tampoco!

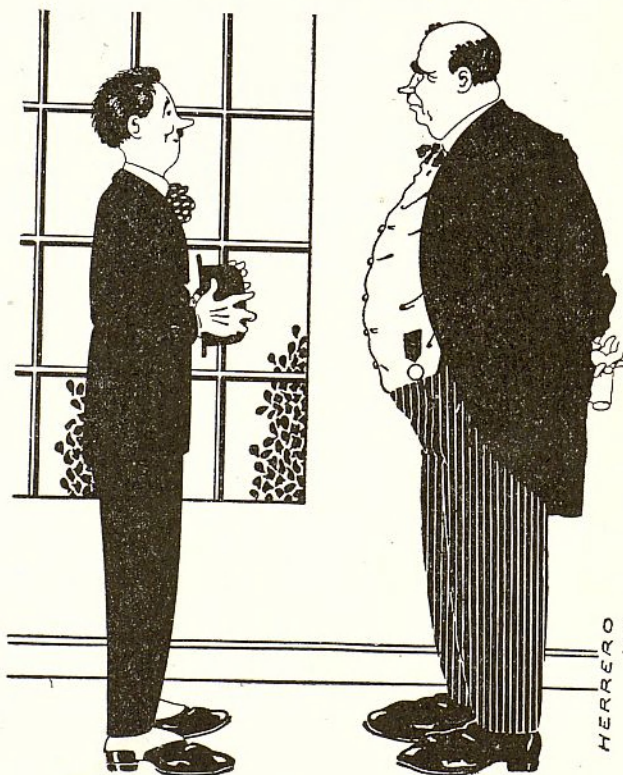
PIZARRO. Nuestra savia viril aun no está seca... Gritad algo más bajo, que estoy loco, pues tengo una fortísima jaqueca...

SOTO. Pegando gruesas voces ya se acercan los incas muy veloces.

PIZARRO. Su jefe, al acercarse, salta y brinca. y me parece mal que salte y brinque. Procurad todos apresar al inca, para lograr más tarde que la hinque. ¡La hincará!

CANDÍA. ¡La hincará!

SOTO. Pero antes de eso, como el inca también es un hermano,



Dib. HERRERO. — Bilbao.

— Mi hija aportará sesenta mil duros. Y usted, ¿con qué cuenta?

— ¡Yo, señor mío, cuento con los dedos!

PIZARRO. yo he de darle razones de gran peso que le conviertan al sentir cristiano. Si leéis de la Biblia algún versículo, me sospecho que haréis sólo el ridículo. *(Hay una pausa entonces; durante ella — entran en Cajamarca los peruanos — con ganas de bronquitis y querella. — En su silla de manos — aparece Atahualpa, sumo jefe — que aquí, para nosotros, es un peje, — a quien no existe nadie que lo venza, — de lo más traicionero y sinvergüenza. — Al verie, incontinente, — se acerca al sumo jefe, fray Vicente, — dispuesto a recitarle el catecismo — y convertirle al punto al cristianismo.)*

FRAY VICENTE. ¡Oh ilustre hermano mío!
¡Oh jefe de esta tribu aquí instalada!
Tu inmenso poderío
te llena de soberbia y de desvío.
y, a pesar de tu fuerza inigualada,
¡ante el Dios de los míos no eres nada!
Mira tú, y hazle ver a tu familia,
este grandioso libro, que es la Biblia.
De mis frases, ¡oh, jefe!, ven en pos,
que yo te muestro al verdadero Dios.

ATAHUALPA. *(Muy serio.)*
¡Samucha ven je fin descopatí,
trastacala majusva trosteguí!
¡Por el Cielo! ¿Qué ha dicho?

SOTO. ¡Anda su padre!

CANDÍA. Dejadle a ver qué agrega cuando ladre.

PIZARRO. ¡Copaica tros tolo to guefi jay!

ATAHUALPA. ¡Sí que agrega bastante, recaray!

SOTO. ¡Ante el Dios de la cruz tu frente humilla!

FRAY VICENTE. ¡Clava en el duro suelo tu rodilla!

ATAHUALPA.
CANDÍA.
PIZARRO.
ATAHUALPA.

¡Queipos marrá!
¿Qué dice?
No lo sé.
¡Trepauipa moliano chunoté!
(Y al pronunciar el jefe frases tales, — veinte mil indios, que la plaza llenan, — lanzan aullidos propios de chacales — y todo lo alborotan y lo atruenan. — Con intenciones malas — atacan a las tropas españolas, — y se arma una ensalada de escarolas — como para un menú del hotel Palace.
¡O apresamos al jefe, compañeros, o nos hacen puré estos bandoleros!
¡Te obedezco, Pizarro, porque no es cosa de jugar al marro!
(Comienzan a luchar como leones — con esfuerzo más grande y prolongado — que si fueran a hacer oposiciones — al Cuerpo de abogados del Estado. — Y, por fin, fray Vicente, — a quien de un mamporrazo han roto un diente, — con un gesto elegante, a Atahualpa consigue echar el guante. — Y con este remate, — termina el ferocísimo combate.)
Varios meses más tarde — Atahualpa, que hacia odioso alarde — de preparar la ruina a los de España, — entregaba su glotis a la saña — del verdugo más hábil y más bruto, — que era llamado Fierabrás de mote — y el cual le dió garrote — junto con unos gramos de bismuto. — Pongámonos de luto.

Por la escenificación,
ENRIQUE JARDIEL PONCELA



Dib. CISNEROS. — Madrid.

— Oye, ¿es verdad que los ciegos determinan el color de las cosas por el tacto?
— Ya lo creo. Conoci a uno que sabía cuándo una barra de hierro estaba al rojo, sólo con poner la mano...



Dib. TATITO. — Zaragoza.

— ¿Sabes que Roque se ha comprado un Ford y Juanito un Packar?
— Mira: lo de Juanito, un Packar, pase; pero Roque, Ford me parece bola...

CARTAS DE GUAYABA

("BUEN HUMOR" EN EL BRASIL)

VI

Querido Sileno: Existen tres medios de ser millonario de un mododo rápido y fulminante. El primero es el menos seguro, aunque también el más cierto y positivo, y consiste en que le toque a uno el gordo de Navidad enterito.

El segundo está más a la mano, pues basta con emplear diez y ocho reales en marcos, rublos y coronas; y el tercero en venirse al Brasil y llevar en el bolsillo moneda brasileña.

Aquí no circulan casi monedas de metal, y las que hay son de ínfima categoría. Todo es papel, lo cual ya da una cierta sensación de que lleváis una fortuna. El papel no os cabe en los bolsillos, y lleváis billetes hasta en la caja de los fósforos, arrugados, arrollados de un modo displicente y desdeñoso.

Para pagar una cajetilla de cigarros sacáis un gran puñado de billetes del bolsillo del pantalón — que en España es en el bolsillo donde va el dinero de categoría inferior, o sea la vil calderilla —. Esto, para un español, que conserva la idea de que en papel la menor cantidad son cinco estupendos *laureanos*, tiene que ir necesariamente acompañado de un gesto olímpico, augusto, muy Rothschild, muy Morgan, muy Romanones.

Entresacáis un billete, y lo soltáis desdeñosamente. El resto os lo volvéis a guardar de un puñado, sin mirarlo siquiera. Este sencillo acto ha supuesto unas unidades seguidas de ceros; como para marearse. Habéis dejado lo menos ¡mil reis!, y os volvéis a guardar despectivamente diez, doce, veinte, treinta mil más. ¡Es maravilloso!

Maquinalmente vais mirando por la calle qué edificios debéis comprar, y no escapa a vuestra especulación ni el propio palacio de Catete, residencia del Presidente de la República.

Solamente existe un pequeño contratiempo, y es que uno, con la doble costumbre de contar por sencillas pesetas — sin ceros — y de no haber llevado nunca en el bolsillo más allá de tres duros y unas perras para el tranvía, se

arma unos líos espantosos. Es claro: la falta de costumbre. Para los que hemos tenido la gran suerte de no tener que calentarnos el cerebro con las cantidades que llevábamos en el bolsillo, esto de tener que hacer cuentas en rollos de papel higiénico, para que quepan los ceros, es terriblemente abrumador.

Pasáis por un teatro, y os entra el humilde deseo de ver una obrita nacio-

mento está pensando cuánto le costará el ajuar de boda. Aventuráis tímidamente:

— Señorita, usted perdone. Yo no pretendo comprar el teatro. Deseo simplemente pagar una sencilla butaca.

— Eso vale. Cinco mil reis.

Os ponéis sumamente pálidos. La sonrisa ha desaparecido de vuestra faz, dejando lugar a un ligero sudor frío. Os

tambaleáis, y tenéis que apoyaros en un bombero color de aceituna. ¡Aquello es la ruina! ¿Qué estupefaciente espectacular es aquel que vale precios tan espantosos? ¿Cuánto valdrá, entonces, un palcoplatea? No quiero ni pensarlo.

Y el caso es que ya tengo la butaca en el bolsillo. La señorita me mira escamada, y no es cosa de hacer el ridículo. Es bastante guapa, y yo debo mantener la proverbial galantería española. Como buen español, tengo que dejar bien colocado el pabellón, y no dejar mal a Primo de Rivera. Todo será cuestión de dormir en un banco del parque y volver a España embarcado en el vacío baúl, y con el paraguas a guisa de vela.

Me decido. Con un gesto pelicuable empiezo a depositar en la taquilla cuanto dinero llevo encima. Además, el sombrero, la chaqueta, los tirantes, dos sellos, una perra gorda que aun conservaba, seis pitillos, un lápiz, una goma...

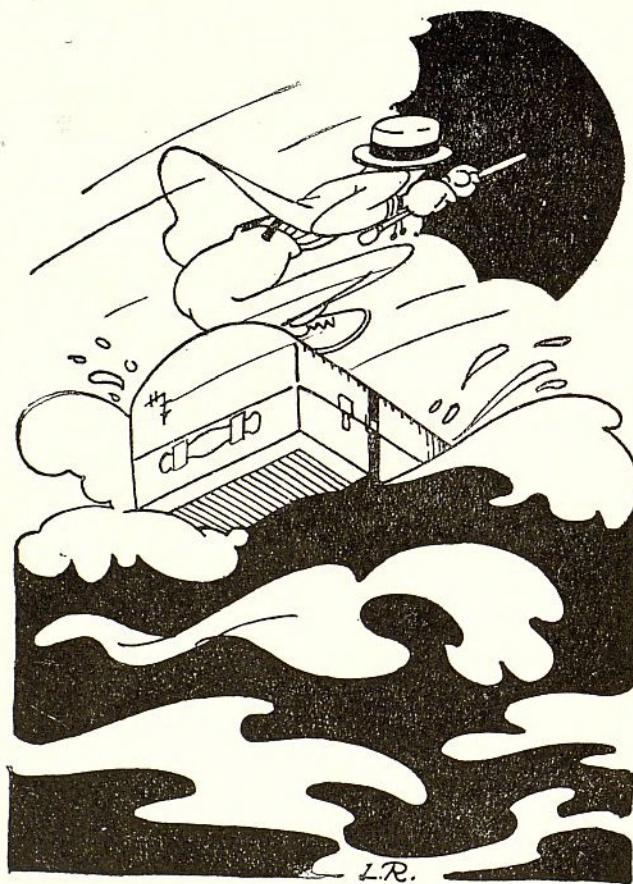
— No tengo más, señorita. Vea si puede hacerme una rebaja.

La señorita me mira asombrada. Poco le falta para gritar. Si no estuviera tras la reja metálica, seguramente hubiera llamado a los guardias.

Al fin, se repone. Como yo no he llegado a quitarme los pantalones, no perdió del todo la serenidad. Del montón de objetos saca un pequeño billete, y lo guarda. El resto me lo devuelve con gran agitación.

Yo no salgo de mi asombro. Recojo apresuradamente mis apreciables prendas, y salgo escapado. Compró un periódico y miro los cambios. ¡Cinco mil reis no llegan a cuatro pesetas!...

Desde ese momento uno se considera millonario. Un simple café con tostada vale mil reis; un vermú, mil doscientos.



nal. Os acercáis tranquilamente a la taquilla, y pedís una *cadeira* (1).

La taquillera, muy amablemente, os da la pedida *cadeira* — que, por desgracia, no es ninguna de las dos *cadeiras* tuyas —. Os alarga un papelito de color rojo, y echáis mano al bolsillo, tranquilos y confiados, con la sonrisa en los labios.

— ¿Cuánto es?

— ¡Cinco mil reis!

Creéis haber oído mal. Seguramente, la señorita tiene novio, y en ese mo-

(1) Butaca.

DEL BUEN HUMOR AJENO

PARA QUERER A
SU MUJER, por Jean
Rameau

III

Pronombre obligado.

Abelardo jura no engañar jamás a su mujer.

Es hombre de palabra, y ama apasionadamente a su María cualquiera durante ocho días.

Después de esta eternidad de pasión, queda tres semanas pensativo.

— ¡Diantre, diantre! — gruñe Pierroton —. Ella sigue morena, encantadora, linda como el primer día. ¿Es que va a durar mucho esto? — se pregunta con inquietud —. ¡Ah! — exclama, dándose un golpe en la frente, de donde ha brotado una idea, y corre a comprarle una peluca rubia.

Resultado inesperado: ocho nuevos días de enorme pasión.

IV

Entonces Abelardo, que es hombre de recursos, ensaya otra cosa. No pudiendo cambiar completamente de mujer, resuelve modificar algunos detalles. La enseña a bizcar y a hablar por la nariz.

Una luna de miel de quince días es el resultado de este ingenioso mejoramiento. Las mujeres que bizcan y hablan por la nariz, acaban por ser tan insoportables como las otras al poco tiempo.

Abelardo, asustado, se coge la cabeza con las manos, y busca nuevas fórmulas.

V

Por fin, resuelve hacerse amar en inglés. Su esposa sabe algunas frases de este idioma, y durante tres semanas, en las horas de pasión, no dice a su Pierroton más que «mi pequeñito adorado», o «el gran cariño de su mujercita».

Este admirable medio resulta sorprendente. Después de la inglesa, vienen: la española, seis días de pasión; la turca, cinco días de pasión; la alemana, tres días y medio de pasión; la china, tres días de pasión; la persa, nueve horas de pasión; la abisinia, dos horas de pasión; nacionalidades diversas, tres horas y tres cuartos de curiosidad.

VI

¿Y después?

Abelardo, que no quiere matarse aún, busca un nuevo procedimiento para hacer deseable a su mujer, y lo encuentra.

Conduce a María a casa de un profesor de ventriloquía.

Madame Pierroton, que poseía excepcionales aptitudes, aprende a hablar de catorce modos. Su esposo está entusiasmado durante toda la semana, y se venda los ojos, imaginándose que corteja a catorce mujeres a la vez.

¡Prodigio del arte!

I
Un hombre.
Una mujer.

El hombre (Abelardo Pierroton), siguiendo a la mujer (una María cualquiera). ¿Por qué? Veámoslo.

Abelardo Pierroton se va a ahogar. Esta es su resolución cuando se aburre. Sale de su casa con dirección al río; pero juzga conveniente esperar que una desconocida alegre y bonita lleve la misma dirección.

El camino, de este modo, será más agradable.

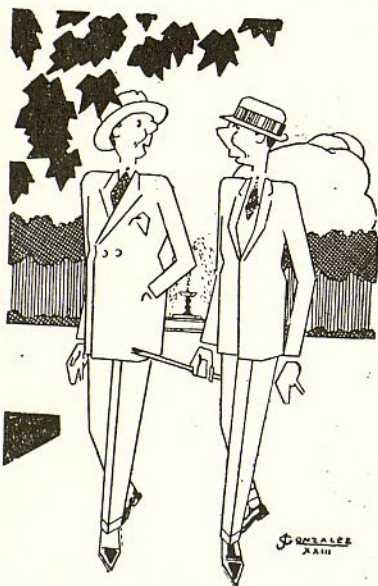
II

Todo el mundo puede tener distracciones, y por eso Abelardo sufre varias seguidas.

Primeramente, se olvida de arrojar al río cuando está a la orilla. Después, sigue a la mujer hasta su casa.

Y más tarde la sigue hasta un departamento municipal, donde un funcionario, no menos municipal, les hace decir: «Sí, sí» a los dos, como se hace en las ferias con las focas sabias.

¡Casados!



Dib. GONZÁLEZ. — Sevilla.

— Tengo un dolor de cabeza, que parece que me está ardiendo.

— ¡Bah!... ¡Imposible!

— ¿Por qué?

— ¡Porque el vacío es incombustible!...

La voz de su mujer tartamuda le hacía rimar sonetos.

La voz de su mujer desdentada le inspiraba un volumen de elegías.

Pero fué la voz de mujer hídrica la que le produjo más fuerte pasión de su vida. ¡Diez y siete días del más puro amor!

VII

Pero todo tiene fin en este mundo, incluso el amor que tienen las mujeres hídricas.

¡Desolación! ¡Marasmo!

¿Qué hacer?

Aplica seis kilos de algodón sobre las espaldas de su mujer, para figurársela gruesa.

¡Pasión fría!

La impide hablar, para creerse en presencia de una mujer muda.

¡Amor minúsculo!

¿Qué hacer?

VIII

Desesperado, consulta un calendario. Había amado a su mujer, durante tres meses y trece días, de cincuenta y tres formas distintas.

Levanta la frente con orgullo, y dice: — Ya puedo morir.

Y, siguiendo su costumbre, se dirige al río, convencido de que éste es el único medio de permanecer fiel: estar muerto. El se conoce bien.

IX

Para hacer el camino más ameno, cree oportuno permitirse esta suprema y simbólica consolación: esperar a que pase una mujer bonita que lleve la misma dirección.

Pasa una mujer, morena, distinguida, del brazo de uno.

Es la caída de la tarde. Los objetos se perciben a medias. Abelardo sigue a diez pasos la adorable silueta, y murmura convencido:

— ¡Ah, si yo hubiese dado con una felicidad como ésta!

Llegan sobre el puente. La linda joven se vuelve.

¡Condenación!

Abelardo se asió a la barandilla, y, dando un salto, cayó al agua, lanzando un grito de rabia.

¡Aquella mujer era la suya!

X

Abelardo llega al Cielo.

— ¿Cómo va, mi amigo? — le dice el buen Dios —. Tu mujer te engañaba; te doy el Paraíso para toda la Eternidad.

— ¡El Paraíso!... ¡Para la Eternidad!...

— balbució con los cabellos erizados —. ¡Nuncal... ¡Cedo mi puesto!...

Después, con más calma, añade —: Al menos que el buen Dios me dé una contraseña para salir y entrar y hacer algunas escapatorias al...

A. R. H.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

No se devuelven los originales ni se mantiene otra correspondencia que la de esta sección.

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

Protasio Antón. Zaragoza. Sueltecito de estilo; pero su asunto es más insignificante que Ossorio y Gallardo.

Galo Galíndez. Madrid. — Ilustre y furibundo amigo: en esta casa no hay corro. Aquí, si un socio no tiene gracia, se le repudia implacablemente, y el día que nosotros creamos que se nos ha acabado el salero, nos suicidaremos con entera libertad y con absoluto esmero. Quiera esto decir que, aunque lo de usted no es ningún mo-

A. G. G. — Aplíquese usted el cuento que acabamos de contarle a Gedeón Cualquiera. Ya puestos a imitar, ¿por qué no imitan ustedes a Sófocles, que es menos conocido de nuestro público?

Suetonio Tranquilo. Madrid. ¡Pues mira éste! Después de dar a luz sus versos, se habrá quedado tan Tranquilo y tan Suetonio.

¡Hay que ver, hay que ver, las cosas que hace un hombre que no tiene que hacer!...

Apolo. — Dado lo categóricamente puerco que es lo que nos envía, más que «Apolo», parece usted «Martín» en

No le des vueltas, Bartolo; si quieres enamorar, has de usar Licor del Polo de Orive.

la inefable temporada de «Las corsarias» y otros prodigios escénicos por el estilo.

T. A. Madrid. — Sus versos al fútbol, ni «fut» ni «fat». Traducción castellana: que no los publicamos.

Jerónimo de Toca. — Tampoco incurriremos en la imperdonable debilidad de publicar su «Patología barata». ¡Usted, al mandárnosla, seguramente no pensó que iba a salirnos tan baratita! ¡Verdad? ¡Pues nos ha salido tirada! ¡Al rico cesto!

R. R. Madrid. — Las desdichas de su buen amigo don Principuno no interesarían ni a una hermana de la Caridad, que, como usted sabe, se interesan por todas las desdichas.

K. K. Túa. Lorca. — El tamaño del dibujo que nos envía está admirablemente calculado para nuestro semanario. Lo que no está bien es el dibujo.

Emilio G. Alonso. — Sus «Bromas al bromuro», si son bromas, pueden pasar...

«mas a ese extremo llevadas, y en el papel estampadas, no se pueden tolerar...»

Villa-Funga. Madrid. — Hemos admitido uno de los dibujos que envían.

E. Martín Y. — Digo lo mismo.

Alvarez. Oviedo. — Lo mismo digo.

J. F. P. Madrid. — A usted, en cambio, le digo lo



ECOS DE SOCIEDAD

«Tenemos el sentimiento de participar a nuestros lectores que nuestro buen amigo el señor Cheetham no está todavía en estado de salir de sus habitaciones...»

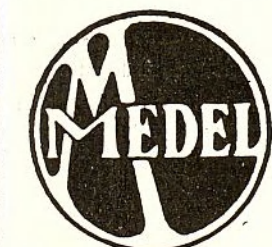
(De The Humorist, de Londres.)

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial.

LOGROÑO



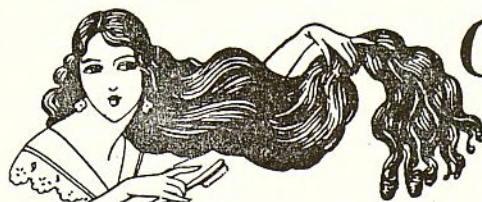
GRAN VÍA, 18
JUGUETES
COCHES DE NIÑO

numento de humorismo (iqué más quisiera usted, mi amigo), se lo vamos a publicar. De modo que, si eso de Galo Galíndez es un seudónimo, envíe su firma, si le da la gana, para colocarla al pie de esas cosas que se ha sacado usted de la cabeza. Y reciba usted nuestra felicitación por el triunfo que ha tenido. ¡Ahí es nada, publicar en BUEN HUMOR, a pesar del corro y todo!...

Kale. — Admitida una de sus obras de arte, en un momento de debilidad.

Señorita R. F. Zaragoza. — Tenemos en cartera muchísimos más versos que pesetas. Excusamos decir que si hubiese usted mandado pesetas en lugar de versos, quizás el resultado hubiera sido más halagüeño para usted... Y para nosotros.

Gedeón Cualquiera. Madrid. ¡Pero, hombre de Dios! ¡Imitaciones de Zúñiga, a estas alturas?... Y entonces, ¿qué quiere usted que haga Zúñiga? ¡Imitarle a usted?



Agua RADIUM

TINTURA PARA EL PELO

Con una sola aplicación se logran matices permanentes

Cortés, Hermanos. — Barcelona

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.



HERNIAS

Bragueros científicamente.

J Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

Entre amigos.

—Oye, Sebastián, ¿qué ocurriría en Constantinopla si hubiese lotería?

—¡Hombre, no sé!...

—Pues que no se podría vencer la lista por las calles.

—¿Por qué?

—¡Por temor a los «kematistas».

Andresillo. — Madrid.

—¿Y no hay quien me tosa a mí?

—¿Qué pasa?... ¡Vamos!... ¿Quién vive?

—¡Yo no le puedo toser, porque uso Jarabe Orive.

—¿Por qué los curas dicen misa los domingos?

—Por cinco pesetas.

Mañico. — Zaragoza.

El crítico (al pintor).—
¿Pero a eso lo llama usted vacas? ¡Yo no he visto jamás una vaca como ésa!...
El pintor.—¡Vaya un argumento!... ¡Supongo que no habrá visto usted todas las vacas que hay en el mundo!...

Wallace Novarro.
Madrid.

—¿Cuál es el ave a la que dan muerte sus propios hijos?

—La perdiz, porque la matan los «peidigones».

H. Rubio. — Madrid.

—¿Cuál es el colmo de una silla?

—Que, teniendo cuatro patas, no ande.

C. Porrillo. — Madrid.

—¿En qué se parece una monja encarcelada al hecho de ser agraciado con el premio gordo?

—En que es una «sor... presa».

Valencia.
José Palanca.

Entre chiquillos.

—¡Oye, Pepito! ¿Por qué no vas a la escuela?

—Porque siempre que voy, me encuentro con el maestro.

Sánchez Pérez.
Escorial.

LA TÉCNICA

Carrera de San Jerónimo, 3, principal.

CLASES PRÁCTICAS

DE

Reforma de letra :: Cálculo :: Teneduría de libros :: Mecanografía :: Taquigrafía. Máquinas de calcular :: :: :: :: :: ::

Aquí se facilitan a los alumnos medios de ganar sin abandonar sus clases.

Carrera de San Jerónimo, 3, principal, y calle de Santiago, 6 y 8.

Representantes de la máquina de escribir MERCEDES

Le dieron la Unción a un infeliz enfermo; y el sacristán, descuidado, dejó que cayese un poco de cera derretida en los pies del paciente. Este, que era de Calatayud, se permitió decir:
—¡Ridíds, qué es esto, señor cura!
—¡La Unción, hermano!— contestó el sacerdote, ajeno al «quid pro quid».
—¡Pues me la trae usted abrasando, padre!!

A. Navarro. — Zaragoza.

En la calle.

—¡Tenga usted lástima de un pobre ciego cargado de familia!

—¿Cuántos hijos tiene usted?

—No lo sé, señor. ¡Como no veo!...

José Huertas (Joselito).
Madrid.

—¿Cuál es el colmo de un camarero?

—Servir el agua en una «fuente» y llevar la bandeja encima de la «rodilla».

Chiqui. — Madrid.

—¿En qué se parecen una casa que se incendia y otra que está desalquilada?

—En que en una salen llamas, y en la otra, llamas, y no salen.

M. Mingo. — Ciempozuelos.

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

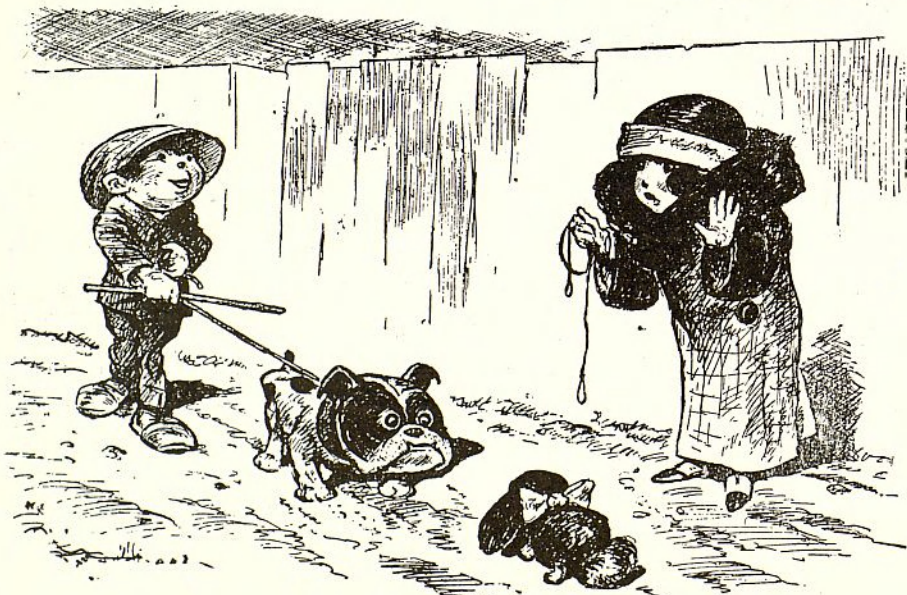
Un cabo que está instruyendo a unos quintos, les dice como remate de una filipica que acaba de dirigirlas:

—¡En una palabra: si creéis que sois lo mismo que yo, sois todos unos animales!!

J. M. Conde.

El premio del número anterior ha correspondido a **Rafael, de Palencia.**

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



EL MUCHACHO. — ¡No se alarme, señorita: le gusta solamente la carne cocida!...

(De Life, de Nueva York.)

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.*), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebeldé que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para *rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas, etc.* Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, garantizamos estar exenta de grasas y demás

sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

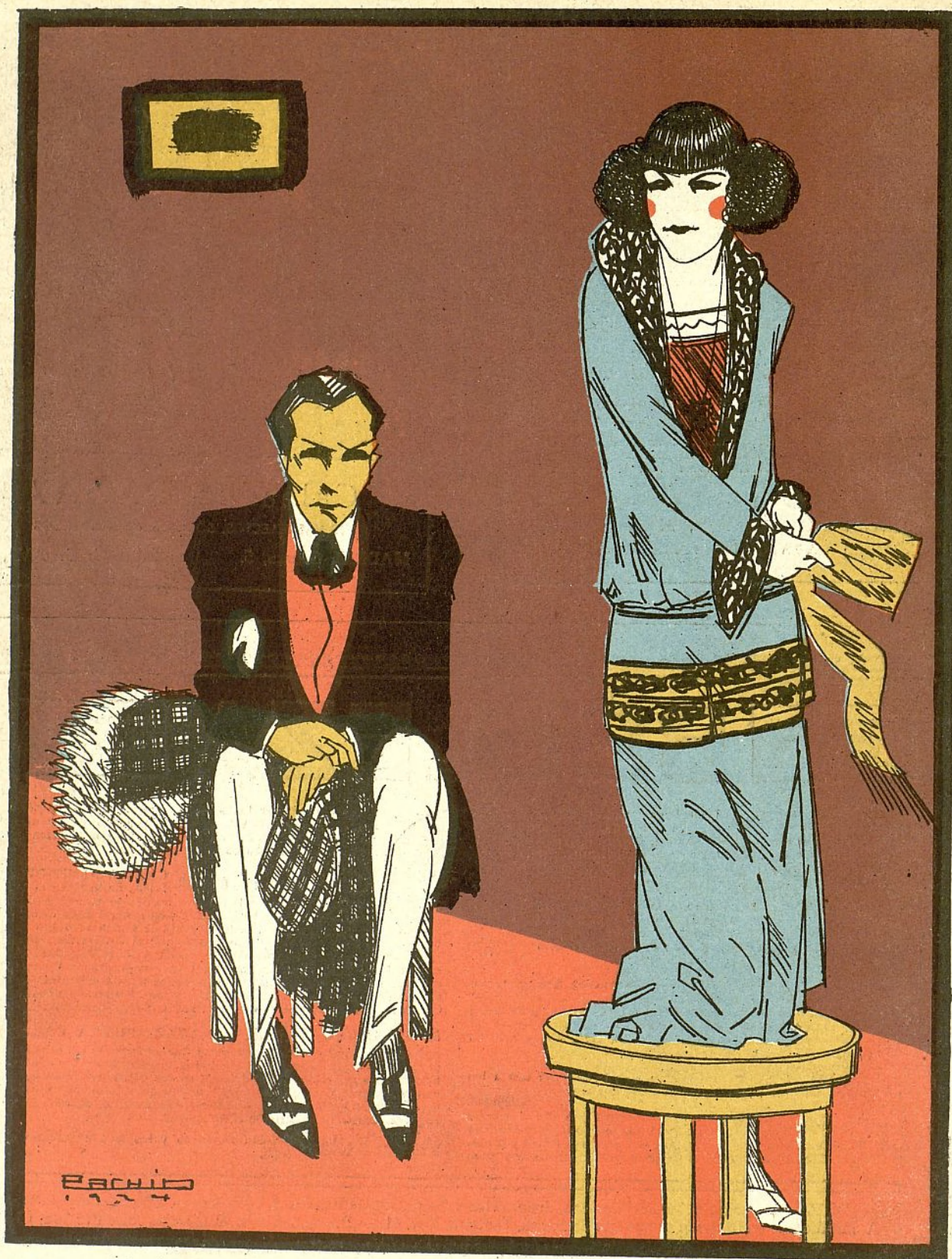
ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfinas y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América. — Canarias: droguerías de A. Espinosa. — Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — Buenos Aires: A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR



Dib. PACHIN.—Madrid.

ÉL. — ¡Eres insufrible, hija mía!

ELLA. — Sí, claro. ¡Qué rico! ¿No comprendes tú que si saben que soy tu prometida no me flirtea nadie?

Ayuntamiento de Madrid